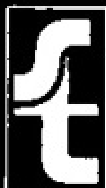


Selección TERROR

VIAJE AL INFIERNO

Ada Coretti

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

439 – La mansión de los locos, *Ada Coretti*.
440 – Juegos de cementerio, *Lou Carrigan*.
441 – Tratamiento diabólico, *Clifford Hilton*.
442 – Las brujas de Woodsville, *Adam Surray*.
443 – La casa del gigante, *Clark Carrados*.

ADA CORETTI

VIAJE AL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 444
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 20.663 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) – Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Geraldine respiró profundamente para recuperar el dominio sobre sí misma. Luego, tras sentir que cedía el asustado martilleo de su corazón, continuó andando.

En sus días libres le gustaba abandonar la mansión de Baxterding, salir de la localidad y aventurarse por el cercano bosque. Por sus atajos, por sus senderos por sus cimbreantes caminos. ¡Era todo aquello tan hermoso! ¡Existía por doquier una gama tan sugestiva de tonos verdes!

Pero acababa de ponerse muy nerviosa al volverse y ver que el sendero por el que había avanzado ya no existía...

Pero ¿cómo no iba a existir si ella acababa de pasar por ahí? Durante un rato estuvo mirando, perpleja, atónita, aquel sendero que había recorrido en infinidad de ocasiones, que ahora, a sus espaldas, quedaba cerrado, cortado. Pero no, no podía ser el mismo. Sin duda se había equivocado. Siguió adelante. No quería mostrarse asustadiza. Siempre se había tenido por una muchacha con la cabeza muy sensatamente colocada sobre los hombros.

Sin embargo, no pudo evitar, a los pocos minutos, volverse y mirar de nuevo hacia atrás. ¿Y si otra vez se encontraba con el sendero taponado... ?

Dio un respingo y se puso a temblar. El camino ni siquiera existía. A su alrededor todo eran arbustos, ramajes, hierbas. Como si unos y otros hubieran crecido de súbito a sus espaldas.

—No es posible... —musitó.

Su temblor aumentó al darse cuenta de que, unos metros más adelante, el tal sendero se veía asimismo interrumpido. Ahora ya no tenía ni principio ni final.

Todo aquello resultaba inadmisible. Sin pies ni cabeza Sintió como si empezara a vivir una pesadilla. Una inquietante, horrible y aterradora pesadilla.

Allí cerca había un atajo, y se decidió a seguirlo. Al principio lo hizo poco a poco, con pequeños pasos, sin dejar de mirar hacia atrás, pero luego aprisa, muy aprisa. En realidad pronto se vio corriendo por allí, huyendo de aquello que no comprendía.

El atajo la llevó a través del bosque. A través de una zona que desconocía, por la que nunca había ido. Era aquel un mundo extraño, que parecía como embrujado. Bueno, simplemente debía parecérselo. ¡Estaba tan excitada!

Por lo demás, aquella zona del bosque resultaba tan lujurienta, tan enmarañada, que aunque hubiera querido apartarse del atajo no hubiera podido hacerlo. Lo quisiera o no aquel atajo era en aquellos momentos el único camino viable.

Y el atajo daba la sensación de no tener fin...

Lo tuvo. Finalmente lo tuvo. ¿Pero durante cuánto tiempo había estado recorriéndolo?

Geraldine no hubiera podido decirlo.

El atajo había concluido junto a la orilla de un lago. En su centro había una pequeña isla. Y allí había una casa con la fachada deteriorada, toda ella misteriosamente rodeada por una alta tapia.

Junto a la orilla del lago, en un minúsculo embarcadero se veía una barca con sus dos remos.

Luego de unos instantes de vacilación, Geraldine se fue acercando a la barca y tras convencerse de que por allí no había alma en pena, se decidió a remar hasta la isla.

Supuso que allí habría alguien y que podría pedir ayudar. La estaba necesitando, pues no veía el modo de salir de un lugar que, bien mirado, era muy parecido a una maldita ratonera. ¡Cómo no iba a parecérselo si todo lo que le había sucedido era tan anormal, tan desquiciante, tan alucinante!

Lo hizo tal como lo pensó. Se metió en la barca, se sentó en el tablón que hacía de asiento y cogió fuerte los remos.

La pequeña isla no se hallaba lejos, así que estaba convencida de que llegaría sin demasiado esfuerzo. Pero en realidad no estaba tan cerca, por lo que tuvo que detenerse en un par de ocasiones. Ya para entonces, en el ocaso, el sol empezaba a enrojecer en el horizonte.

Al llegar y poner pie en tierra, respiró más aliviada. Seguidamente amarró bien la barca, por si acaso. Fue entonces cuando unos espeluznantes gritos llegaron a sus tímpanos.

Se quedó como paralizada, con los pies clavados en tierra. ¿Qué significaba aquello?

No hizo falta que se moviera para saberlo. Un hombre de unos cuarenta años surgió ante ella desencajando los ojos de sus órbitas, dando tumbos, chorreando sangre por uno de sus hombros, por donde salvajemente le había sido amputado el brazo...

Geraldine le reconoció. Aquel hombre se apellidaba Mason y era muy rico. Vivía en la vecina localidad de Mellsbury. Tenía una esposa muy guapa.

Siguió dando tumbos y se acercó a la muchacha. Entonces movió los labios y murmuró:

—Ha sido Her...

No pudo decir nada más. Con gesto de infinito horror en el rostro, cayó desplomado al suelo.

Cuando Geraldine se inclinó hacia él, ya todo era inútil, había muerto. Sin duda le había sobrevenido un paro cardíaco.

De nuevo en pie, la muchacha vio que en la puerta de hierro que cerraba aquella alta tapia había un rótulo que decía:

BIENVENIDOS AL INFIERNO

* * *

Al mirar mejor se dio cuenta de que la puerta de hierro se hallaba entreabierta. Por allí debía haber salido Mason, unos instantes después de

proferir aquellos horribles gritos.

Geraldine retrocedió instintivamente.

Por nada del mundo se hubiera atrevido a aventurarse a través de esa puerta. Ni por todo el oro del mundo. Hacerlo le hubiera parecido una auténtica locura.

Pensó que lo mejor que podía hacer era coger de nuevo la barca y...

No pudo seguir pensando. La puerta de hierro, de goznes oxidados se abrió.

Se abrió chirriando, y se dejaron ver tres sujetos encapuchados.

Antes de que Geraldine acertara a hacer o a decir algo, los tres sujetos le habían caído encima y la habían sujetado

—¿Qué hacen...? ¿Qué quieren de mí...? —la angustia de la muchacha no pudo ser mayor.

—Queremos que entres... —el más bajo de los tres había indicado la puerta de hierro—. Que entres y veas lo que hay tras esa tapia.

—¡No quiero ver nada! —se rebeló Geraldine, asustada, asustadísima—. ¡No quiero!

—Puesto que has llegado hasta aquí, será mejor que satisfagas tu curiosidad —dijo el otro hombre, éste era el más alto—. Pero no te preocupes, de momento al menos, no vamos a hacerte ningún daño.

—Nada hacemos sin la autorización de nuestro jefe —dijo el tercero de aquellos hombres encapuchados.

—¿Vuestro jefe? —inquirió la muchacha, trémula su voz y cada vez más débiles sus rodillas.

—Un hombre al que obedecemos ciegamente. Un hombre que nos está haciendo ricos. Ya sabes a quién me estoy refiriendo, ¿no es eso? A El Encapuchado Rojo...

Geraldine recordó lo que últimamente estaba sucediendo en Mellsbury. Una banda compuesta de unos doce hombres y de un jefe. El jefe era un hombre alto, muy alto y delgado, vestido de rojo desde los pies a la cabeza. Estaban llenando de pánico a sus habitantes. Cada dos por tres secuestraban a alguien importante y luego pedían el consiguiente rescate. Si les era entregada la elevada cifra, el secuestrado volvía sano y salvo. De lo contrario, pocos días después aparecía su cadáver donde menos podía esperarse. Siempre, en tales casos, el cadáver presentaba inequívocas muestras de haber sido mutilado o martirizado de la forma más brutal y alevosa.

—Me he extraviado en el bosque —repuso Geraldine, temblando—. No sé cómo ha sucedido, ésta es la verdad... Pero podéis soltarme, no diré a nadie lo que he visto...

—No podemos fiarnos de ti, a menos que nuestro jefe lo considere oportuno. Como sea, ha de ser él quien decida —y la cogió por un brazo, llevándosela hacia la puerta de hierro—. Anda, adentro...

Terminó dejándose llevar. ¿Acaso podía hacer otra cosa? Realmente no.

Ya en el interior de aquel lugar acotado por la alta tapia.

Geraldine vio como la casa de fachada deteriorada daba cobijo a varios hombres más. Los vio a través de las ventanas. Todo ellos, igual que aquellos otros tres, con el rostro encapuchado.

La capucha siempre era roja.

Como endiabladamente roja fue la silueta alta, muy alta y delgada que apareció al poco ante ella. Pantalones, cazadora, botas, todo de cuero. Todo rojo. El rostro, por descontado, encapuchado. Se trataba del jefe. Estaba claro.

—No debías haber llegado hasta aquí —dijo el hombre alto, muy alto y delgado.

Reconoció la voz, estremeciéndose hasta la médula de los huesos, o más adentro aún. Pero lo cierto es que no podía estar segura...

—Déjeme salir —suplicó la muchacha.

—El rótulo de la entrada lo dice claro, esto es el Infierno. Y del Infierno no se sale., —y el hombre alto, muy alto y delgado, agregó—: Todo el que llega a aquí tiene que morir... A menos que llegue con los ojos vendados y pueda marcharse sin haber visto en realidad nada. Pero si tú me aseguras que no dirás nada a la policía...

—¡No, no diré nada! —exclamó Geraldine.

—Pero ahora, puesto que ya estás aquí, vale la pena que aproveches la visita —la voz del hombre alto, muy alto y delgado seguía siendo la misma.

Geraldine hubiera jurado que era la de...

—Aprovechar la visita, ¿para qué? —preguntó.

—Para que veas y comprendas que te trae cuenta callar. Otra cosa te llevaría a acabar como cualquiera de los que ahora... —no acabó la frase.

—No le entiendo —dijo ella.

—De mí no se burla nadie, y es lo que parecen querer hacer todos esos familiares que se niegan a pagar las cifras que yo impongo... Quiero dejar constancia —aclaró—que, o pagan, o la respuesta es la muerte, la más horrible de las muertes. Por lo que a ti se refiere, si ves las cosas con tus propios ojos te convencerás de que yo nunca bromeo... ¡Si me desobedecieras, morirías! ¡Yo mandaría que te matasen! —y volviéndose hacia sus hombres —: Llevadla al sótano. ¡Qué vea a esos dos hombres!

Alrededor de la casa de fachada deteriorada sólo habían unos pocos arbustos y unos cuantos matorrales. Nadie dedicaba tiempo ni prestaba atención a lo que podía haber sido un bonito jardín.

Ya en el interior de la casa, Geraldine fue llevada, más bien arrastrada, hacia el sótano.

Y lo que vio allí le erizó los cabellos. Su pavor fue tan grande que se desbordó dentro de sí misma.

En una esquina del sótano había un hombre colgado de los pies. Era tal su estado de agotamiento, de debilidad, de extenuamiento, que se comprendía fácilmente que hacia horas, muchas e inacabables horas que se hallaba padeciendo aquel tormento.

—¡Oh, no! —gimoteó Geraldine—. ¡Nooo...!

Se fijó en el otro extremo del sótano. Allí había otro hombre, éste atado a un poste, con las piernas estiradas, los pies muy cerca de unos carbones encendidos.

—Si quieres salvarte dinos dónde guardas el dinero —exclamó en aquel momento el encapuchado que permanecía a su lado.

El hombre no respondió. Siguió soportando en silencio, en tenebroso y estremecedor silencio, aquella terrible prueba.

Geraldine no pudo soportar más la contemplación de todo aquello y cayó desvanecida.

Cuando volvió en sí, se encontró fuera de la isla, en el bosque, cerca de Mellsbury.

Como si no hubiera sucedido nada.

Como si hubiera soñado.

CAPITULO II

Alex Morrison llegó a la discoteca poco antes de que fuera la hora de cerrar.

Fue a informarse. Su cliente quería saber qué había sucedido con su hija, una menor, que cierto día acudió a aquel establecimiento encontrándose allí con un joven conocido, compañero de estudios. El cual, aquella misma noche, la dejó embarazada. Como sea que el joven en cuestión no había sido nunca del agrado de la muchacha, el asunto no estaba claro.

Alex Morrison no tardó en averiguarlo todo. Era más o menos lo que de antemano se había figurado. A la muchacha la habían medio emborrachado, y no sólo eso, las bebidas se la habían «adulterado», o «acondicionado», como prefiera decirse. De eso se había encargado su acompañante. La mezcla había consistido en Bacchus Traümt, esencia de la planta Muirá Puama. La había modernizado por la vía rápida.

Iba ya a irse de la ruidosa discoteca, cuándo Alex Morrison, alto, recio, atlético, de movimientos elásticos y vestir despreocupado, se fijó en una muchacha que estaba en la barra.

Era una muchacha de unos veintidós años, de melena rubia, larga. Tenía los ojos grandes, oscuros, y los labios gruesos, muy atractivos. De bonita, gentil y espigada figura, ves tía pantalones tejanos y una blusa de color naranja.

Alex Morrison se la quedó mirando. La muchacha acababa de beber un whisky y de solicitar otro. En lo alto del taburete se inclinaba a menudo hacia un lado y hacia el otro.

Estaba muy bebida.

No se lo pensó más y se acercó a ella.

—Hola —le dijo.

La muchacha le miró a través de unos párpados que entrecerraba como una gata adormecida, y respondió:

—Hola.

—Me llamo Alex. ¿Sabes que eres muy guapa?

Seguía mirando al hombre que tenía ante sí. Le gustaba su físico y no se molestó en disimularlo. Tenía demasiadas copas encima para acertar a hacerlo como correspondía a una señorita bien educada.

—Me llamo Geraldine. ¿Sabes que tú tampoco estás nada mal?

—Me parece que a ti te pasa algo malo —repuso él —. Te veo bebiendo mucho...

—¿Ha de pasar forzosamente algo malo para que una chica pueda beber tranquilamente unos whiskys? —e hipó.

—Depende de la chica.

—Bueno, supongo que sí —admitió—, Pero no, no me pasa nada... Por lo menos nada que pueda contar a nadie...

—Yo de ti no bebería más —le aconsejó Alex Morrison, deteniendo con

una mano la de la muchacha que iba en pos del whisky que el camarero acababa de servirle —. Va a hacerte daño.

Geraldine miró la mano de él, larga, fuerte, morena, y dijo:

—Basta ver tus manos para saber cómo eres.

—¿De veras?

—Sí —aseguró ella.

—Bueno, dime cómo soy... —le animó a hablar, pensando que, si lo hacía, quizá se olvidara de seguir bebiendo.

—Eres decidido, valeroso, osado, y no te arredras nunca por nada. Y no sólo eso —balbuceaba al hablar—, te... te gustan los obstáculos, sin duda porque sabes..., sabes saltarlos muy bien... —se detuvo.

—No vas nada desacertada —reconoció él—, y perdona la inmodestia. Oye —terció sin esperar a más—, ¿quieres que te lleve en mi coche hasta tu casa?

—No tengo casa —contestó la muchacha, y seguía balbuciendo—. Por lo menos no..., no la tengo aquí, en la ciudad. Vivo en Mellsbury. Soy la señorita de compañía de una rica señora... La señora Baxterding.

—¿Y si vives allí qué haces aquí? —quiso saber Alex Morrison.

—No lo sé, de veras que no lo sé... Era mi día libre y en lugar de salir a pasear por el bosque como tenía por costumbre hacer, se me ha ocurrido venir de compras a la ciudad. Pero no he comprado nada, he perdido el tren y aquí estoy...

—Deberías buscar un hotel donde pasar la noche.

—Si, claro —asintió.

—Yo conozco uno, puedo llevarte.

—Oye, tú lo que quieres es ligar conmigo, ¿verdad? —e hipó de nuevo.

—Me encantaría hacerlo —dijo él—, eres una muchacha preciosa. Pero me gustaría en otras circunstancias, no en éstas.

—¿Por qué no en éstas? —inquirió—. No, no me lo digas. Ya lo sé. Lo dices porque crees que estoy bebida. Pues bien —hizo un gesto ampuloso—, lo estoy, reconozco que lo estoy. Pero... pero tengo derecho a estarlo, ¿no? —y otra vez se había puesto a balbucear.

—El derecho no te evita los riesgos. Me refiero a que una chica tan guapa como tú, sola a estas horas, es un bocado demasiado apetitoso... Así pues, si me lo permites, me convierto en tu guardián.

—De acuerdo —asintió Geraldine—, te lo permito. ¿Sabes por qué? Me gusta lo alto que eres. Dime, ¿cuánto mides? Por lo menos un metro noventa.

—No llego. Lamento defraudarte.

—Tienes planta de espía de película.

—Sólo soy detective. Lamento defraudarte de nuevo.

—¿Eres... eres detective...? —y Geraldine, balbuceando una vez más, se le quedó mirando con fijeza.

—Sí, lo soy.

—¿Y qué casos solucionas? —preguntó.

—De todas clases.

—Es la hora de cerrar —les dijo en aquel momento uno de los camareros.

—De acuerdo, ya nos vamos —comentó Alex Morrison, y metió la mano en el bolsillo del pantalón y pagó—. Anda, ven... —y seguidamente cogió a la muchacha por el brazo, ayudándola a descender del taburete.

Le vino bien la ayuda, estaba mucho más mareada de lo que creía. La verdad es que todo giraba a su alrededor de un modo muy molesto.

—Vaya, vaya... —Alex Morrison la miró a ella, de arriba abajo—, por buena talla no te quedas... ¿Cuánto mides tú?

—Lo suficiente para poder ser una modelo de categoría —sonrió ella.

—Estoy seguro.

Ya en la puerta, Geraldine se dio una expresiva palmada en la frente.

—¡Oh, he salido sin pagar! —exclamó.

—He pagado yo... —dijo Alex Morrison.

—¡Qué chico más simpático eres! ¡Pero qué simpático! Te mereces un beso...

—Puedes dármelo cuando quieras. Estoy de recibo.

—Sólo uno, ¿eh? —le advirtió con un gesto algo cómico. Pero no se lo dio. A propósito —ya estaban en la calle—, ¿dónde tienes aparcado tu coche?

—Muy cerca. Es ése —se lo indicó—, el de color granate.

—Vas a llevarme a un hotel, ¿eh? Se me están cerrando los ojos. Me muero de sueño. —No hace falta que lo digas. Sí, te llevaré a un hotel.

Pero en cuanto Geraldine se metió en el coche del detective, inclinó la cabeza en el respaldo del sillón y se quedó dormida como una marmota.

—¡Eh, preciosa, no te duermas ahora! —Alex Morrison la zarandeó—. ¿Cómo voy a llevarte a un hotel si... ?

Geraldine no le hizo el menor caso, y Alex Morrison tomó la decisión de llevarla a su apartamento.

Así resultaría todo mucho más sencillo y discreto. Por descontado, él se portaría como un caballero. Ni ponerlo en duda.

—Anda, sal del coche... —le dijo al llegar—. Apóyate en mí si lo necesitas...

Pero ella siguió dormida, y Alex Morrison optó finalmente por cogerla en brazos. ¿Por qué no?

Ya abierto y cerrado el portal de la casa, cerca ya del ascensor, ella entreabrió los ojos. —Esto no es un hotel —observó. Pero no se mostró asustada y dijo sonriendo, aunque en verdad más dormida que despierta —: No te tengo miedo. Tú eres un caballero.

Como un caballero, en efecto, Alex Morrison la dejó en su cama, le echó encima una manta y se retiró de allí.

Había cogido otra manta para él. Dormiría en el sofá, en el saloncito, cerca de la televisión y. del mueble bar. Y cerca asimismo de la pequeña mesita donde reposaba el teléfono y donde había un bonito portátil.

Había ya apagado la luz, y estaba buscando una buena postura en aquel

sofá no tan cómodo como se había imaginado, cuando oyó que Geraldine sufría una pesadilla. Hablaba en voz alta, gemía, lloraba.

—¿Qué le pasará ahora...? —refunfuñó.

Alargó la mano hacia la mesita y encendió de nuevo la luz. Luego se levantó del sofá y se fue a su habitación, hacia la mullida cama de la que por una noche tendría que prescindir.

Geraldine se agitaba de un lado para el otro, sudaba de angustia, y de miedo, o más bien de terror. Y hablaba en voz alta:

—No diré nada a la policía... Pero es horrible lo que he visto... El señor Mason con el brazo amputado... El otro, colgando cabeza abajo... Y aquel otro, con las brasas de carbón cerca de sus pies...

—¿Eh, oye, qué disparates estás diciendo? —protestó Alex Morrison —. ¿Siempre te da por lo mismo cuando bebes unos whiskys..?

* * *

Geraldine no sabía adónde mirar. No podía con la vergüenza que sentía.

—No te preocupes —le sonrió Alex Morrison—, lo sucedido no tiene la menor importancia. Simplemente bebiste unas cuantas copas de más y...

—Y acabé en el piso de un hombre —concluyó ella.

—Un hombre al que has obligado a dormir en el sofá. Pero no te guardo rencor —su tono era desenvuelto y simpático—, y la prueba la tienes en que acabo de estar en la cocina haciendo café. Un par de tazas te sentarán de maravilla. Te despejarán la cabeza y te aclararán las ideas...

El mismo le sirvió la primera taza a la muchacha.

—¿Azúcar?

—No, no, lo tomo solo.

Cuando Geraldine se hubo tomado taza, el detective le puso al corriente de la pesadilla que habla tenido.

—Y mira por dónde —añadió, tras haberla visto palidecer intensamente—, me da que fue algo más que una pesadilla...

Geraldine no acertó a negarlo, echándose a llorar. Durante los últimos días sus nervios habían permanecido tensos como cuerdas de violín. Acababan de rompérsele, de saltar. ¡Ya no podía más!

Por eso exclamó sin poder contenerse:

—¡Todo lo que dije en mi pesadilla es cierto! ¡ Pavorosamente cierto!

Alex Morrison no podía entenderlo. No era fácil entender algo tan fuera de toda lógica, de todo raciocinio, y al mismo tiempo algo tan aterrador. Pero creía a la muchacha.

—¿Quieres explicármelo todo con detalle, con calma, sin olvidarte nada...?

Así lo hizo Geraldine, comprendiendo que cuando Alex Morrison lo supiera todo ella podría pedirle consejo, o lo que es lo mismo, una pauta a seguir. Lo cierto es, que desde que le había sucedido aquello, se sentía tan horrorizada, tan espantada, que no acertaba a nada. Ni a avanzar ni a retroceder. Permanecía como petrificada.

—Pero, bueno —dijo Alex Morrison cuando ella terminó de hablar—, esta historia resulta inaceptable e inadmisible... Pero yo la admito, la acepto —se apresuró a añadir—, y comprendo, pues, que está metida en un asunto nada agradable. Un asunto, no obstante —puntualizó—que hubieras solucionado alejándote para siempre de Mellsbury... ¿Cómo no se te ha ocurrido hacerlo?

—Se me ha ocurrido —reconoció Geraldine—, pero sopesando los pros y los contras de esa misma situación... Porque el nieto de la señora Baxterding...

—Me parece —observó Alex Morrison al ver que ella se detenía—que para que yo te entienda del todo convendría que te sintieras conmigo de un modo completo, absoluto. ¿Vas a hacerlo?

—Sí —dijo ella.

Y al poco le explicaba:

Haría unos seis meses ocupó el puesto de señorita de compañía de la señora Baxterding, una dama elegante, refinada, que a sus sesenta y tantos años aún conservaba restos de su arrogante belleza. La tal señora vivía en el centro de Mellsbury, en la plaza principal. Puede decirse que su mansión, rodeada de un enorme parque-jardín, ocupaba las aceras de casi media plaza. La verja que la delimitaba, acabando en forma de lanza, parecía sugerir que no era fácil traspasar aquellos límites, en ningún sentido.

Pero Geraldine, al conocer a Michael, al nieto de la señora Baxterding y al ver cómo éste le miraba, se dijo, no pudo dejar de decírselo, que aquel hombre podía ser la oportunidad de su vida, y que para ella podía no significar nada esa verja cuya sola contemplación llenaba de envidia a todos los habitantes de la localidad.

Michael Baxterding era un joven de baja estatura, pálido, a quien su abuela mimaba de un modo exagerado y sin duda contraproducente. En cuanto deseaba algo, se apresuraba a dárselo, a conseguírselo, lo mismo que si se tratara de un niño indefenso y endeble a quien una rabieta pudiera hacerle enfermar.

Geraldine se desilusionó, le desagradaba la manera de ser de Michael Baxterding. Para ella un hombre tenía que ser muy distinta

Geraldine se fijó en el mayordomo de la casa, se llamaba Herbert. Era un joven alto, muy alto y delgado, que gustaba a las mujeres.

También le gustó a ella, pero sólo de momento. En seguida se desanimó. Era engreído y pretencioso hasta hacerse realmente antipático.

Debía ser, quizá, que ella era muy exigente. Lo admitía.

Sucedió poco después, Michael Baxterding le declaró su amor. Le dijo que quería casarse con ella. No obstante, se lo dijo sin participar de la menor emoción, dando por seguro, qué duda cabe, que su nuevo capricho iba a verse satisfecho.

Geraldine respiró hondo y le contestó que lo lamentaba, pero que no podía ser, ella amaba ya a otro hombre.

Preguntándole Michael Baxterding a quién amaba, a ella se le ocurrió decir:

—A Herbert.

Desde entonces. Geraldine se había sentido sumamente violenta ante la abuela, la señorita Baxterding. que la miraba como si quisiera fulminarla. Aunque a ratos suavizaba su expresión, creyendo, posiblemente, que la muchacha cambiaría de parecer. «Estaría loca si no lo hiciera», parecía pensar.

De pronto, no obstante, los acontecimientos se habían precipitado. Salió a pasear por el bosque y le sucedió lo que ya había contado. Fue a parar a aquella pequeña isla, allí le esperaba aquella tapia y el rótulo que decía: «BIENVENIDOS AL INFIERNO».

—Creo que el mayordomo. Herbert, es El Encapuchado Rojo —terminó, diciendo Geraldine al detective—. El señor Mason, antes de morir, me dijo: «Ha sido Her...» No dijo nada más, pero las tres primeras letras corresponden a su nombre... Después, cuando tuve al jefe de esa banda ante mí, me di cuenta de que su estatura encajaba en mi sospecha... Herbert es alto, muy alto y delgado, lo mismo que ese hombre que vi en la isla vestido enteramente de rojo... Además, la voz era también la suya, o al menos muy parecida...

—Vayamos por partes —Alex Morrison quiso empezar a puntualizar—. Si después de todo lo sucedido no te fuiste de Mellsbury, fue porque estabas considerando la proposición de Michael Baxterding, ¿no es eso?

—Sí —reconoció ella—. Aunque no es mi ideal de hombre, comprendo que su proposición de matrimonio es en realidad más de lo que yo puedo esperar... —y le hizo saber—. Mis padres murieron siendo yo muy niña, y yo me crié en un orfanato, ¿sabes?

—Comprendo —se limitó a contestar Alex Morrison.

—Pero la idea de casarme con él, por más que la he considerado, no ha terminado de parecerme buena —repuso Geraldine—. De ahí que ayer me diera por beber y... Bueno, el resto ya lo sabes. Te ha tocado dormir en el sofá.

—Tu relato queda confuso, enmarañado —observó el detective—. Para poder sentenciar tendría que verlo todo de cerca. Oye, Geraldine, ¿qué te parecería si yo fuera por allí a ver qué saco en claro?

—El Encapuchado Rojo... —empezó a decir la muchacha—. Quedamos en que si decía algo a la policía...

—No debes inquietarte —le aseguró Alex Morrison—, yo no soy policía. Además, actuaré con toda discreción. Dime, ¿no hay modo de que yo me meta en la casa de la señora Baxterding? Me refiero a si por casualidad necesitaban un chófer o algo así...

—¡Necesitaban jardinero! —exclamó ella.

—¿Jardinero... ? —la idea no le había gustado nada.

—No sabes de eso, claro —se desilusionó la muchacha.

—Podría aprender sobre la marcha —sonrió Alex Morrison—. De pequeño podaba en el jardín de un amigo y decían que lo hacía muy bien.

—¿Quieres decir que te atreverías?

—Yo me atrevo a todo.

CAPITULO III

Había sido admitido.

Viviría en el pabellón lindante a la verja de la entrada y su trabajo consistiría no sólo en tener arreglado el parque-jardín, sino en franquear la entrada a los posibles visitantes. Sería una especie de jardinero-portero de la mansión de Baxterding.

Alex Morrison había sido recibido por la señora de la casa. Ya se le esperaba porque Geraldine le había hecho saber que la señora Baxterding se encargaba personalmente de aceptar o no a todos y cada uno de los componentes del servicio.

Dicha señora le pareció al detective, ya a la primera ojeada, una mujer de carácter, enérgica, decidida y orgullosa. Sobre todo orgullosa. Y como sea que ya no podía estarlo de su juventud ni de su belleza, evidentemente debía estarlo de su fortuna.

Su nieto Michael se le antojó, por el contrario, un joven sin carácter y sin personalidad. Por lo visto, dando por descontado que todo debía ser de color de rosa para él, ni se molestaba en considerar si era lógica o no su evidente pasividad.

Otro de los habitantes de la mansión era Robert Schaal, el secretario particular de la señora Baxterding. Un hombre de mediana edad, de escasa estatura, cuya competencia y lealtad nadie ponía en tela de juicio. Llevaba los negocios de la familia desde hacía veinte años.

En cuanto a Herbert, el mayordomo, le pareció al detective un personaje intrascendente, superficial, que hubiera carecido de toda importancia a no ser sin duda porque la importancia se la daba a sí mismo. Pero Geraldine había colocado en la diana de sus sospechas y él, puesto que había acudido allí para aclarar aquel espinoso y peliagudo asunto, tuvo, en consecuencia, que dedicarle la mayor atención.

Aunque su atención la dedicó a todos, ésta es la verdad. A la señora Baxterding y a su nieto Michael y también a Robert Schaal, el secretario competente y eficaz que era verdaderamente la mano derecha de la dueña de la casa. Lo dicho, a todos.

No obstante, lo que Alex Morrison realmente deseaba era que llegara su primer día libre. Que iba a coincidir con el de Geraldine.

Mientras tanto, veía a la muchacha de vez en cuando. No tanto como hubiera deseado, pero sí lo suficiente para que hubieran podido planear su próxima salida.

Por lo que respecta a la señora Baxterding, ésta se había dado cuenta de que Geraldine salía al parque-jardín y terminaba junto al pabellón lindante a la verja de entrada. Pero la dama se había abstenido de todo comentario.

También reparó en esas salidas su nieto, Michael, y aunque de por sí poco expresivo, lo cierto es que en tales ocasiones fruncía siempre el entrecejo. Había reparado en Alex Morrison, constatando su apostura, y lo atractivo y

viril que era, y había sentido envidia de no parecerse a él. De parecerse, seguro que la muchacha hubiera ya aceptado su proposición de matrimonio.

Aquellas salidas de Geraldine tampoco pasaron desapercibidas al mayordomo. Este, pues, pronto comprendió que le había salido un rival de cuidado. Ahora las mujeres ya no estarían tanto por él.

Decidido, sin embargo, a que Geraldine siguiera mirándole con buenos ojos, aquella tarde se acercó a ella.

La muchacha acababa de salir al parque-jardín con la intención de dirigirse una vez más hacia el pabellón, pero él la alcanzó a los pocos pasos.

—Escúchame...

Ella se detuvo.

—¿Qué quieres, Herbert? —se esforzó porque su tono estuviera lleno de naturalidad.

—Hablar contigo.

—¿De qué...? —le preguntó.

—Parece como si me rehuyeras —dijo—. Y me cuesta creerlo...

Su natural petulante y engreído había salido a flote. ¿O acaso esa actitud era sólo una pose?

—No tengo por qué rehuirte —contestó Geraldine.

—Pues te noto rara —observó Herbert—. Desde aquella tarde, que saliste a pasear por el bosque... ¿Te pasó algo malo?

—¿Qué me iba a pasar? —quiso mostrarse tranquila, pero era pedirse demasiado.

Quizá porque mientras se esforzaba por contener la flojedad de sus rodillas, ante ella estaba la estatura de Herbert, alto, muy alto y delgado. Lo mismo que El Encapuchado Rojo.

—Te noto nerviosa —insistió Herbert.

—Tú que crees, ¿debo estarlo? —y quiso ver si algo en la expresión de Herbert se alteraba.

No vio nada. A fuer de sincera tuvo que reconocer que el rostro del mayordomo permaneció inalterable.

—No comprendo por qué me lo preguntas a mí... —acabó diciendo él.

La muchacha estaba pasando un mal rato. No sabía si Herbert era o no el hombre vestido enteramente se rojo que vio en la isla. No podía ciertamente saberlo. Pero la sola duda resultaba alucinante y sobrecogedora.

Adivinando lo que sentía, Alex Morrison acababa de acercarse a ellos, cortando, con su natural desenvoltura, el diálogo.

—Hace una tarde estupenda, ¿eh? —se había dirigido a los dos.

La frase no había podido ser más trivial. Pero había bastado y sobrado para su propósito.

—Sí, en efecto —dijo Geraldine—, Es ésta una tarde muy agradable.

—Lástima que no sea tu día libre, ¿verdad? —repuso Herbert, y miró a Geraldine—, ¡Con lo que te gustan las excursiones!

—Sí, me encantan —reconoció ella.

—Te invito a salir conmigo el próximo día que...

Alex Morrison le cortó con esta sencilla pero contundente respuesta:

—Lo lamento, la he invitado yo primero. Otra vez será.

Herbert se sintió desairado al ver que Geraldine admitía y daba como buenas aquellas palabras. No estaba acostumbrado, ni por asomo, a que en su presencia las mujeres prefirieran a otro. Por lo menos, ésta fue la impresión que cualquiera hubiera sacado al verle torcer el gesto.

Instantes después, con una excusa cualquiera, dio media vuelta y les dejó solos.

—¡Oh, no has debido responderle así! —exclamó Geraldine cuando el interesado ya no pudo oírles.

—¿Por qué no? —Alex Morrison sonrió como si tal cosa.

—Pareces olvidar lo que te dije. Para mí Herbert es...

—Una simple sospecha no corrobora nada.

—De acuerdo. Pero mientras tanto, ese hombre debe ser tratado como algo terriblemente peligroso... Aunque aparentemente sólo sea un simple mayordomo... —Mientras no quede demostrado que es algo más —afirmó Alex Morrison—, no voy a permitirle que invite a pasear, ni invite a nada, a la chica más guapa que he conocido. Y esa chica eres tú, claro está...

—Gracias.

—De todos modos, tengo bien presente tus sospechas, Geraldine, así que no voy a descuidarme.

—Me tranquiliza oírte. Bueno, al menos me tranquiliza en parte.

A su vez dejaron de hablar porque oyeron que alguien se acercaba. Venía de la mansión. Se había acercado de un modo sumamente silencioso.

Era el secretario de la señora Baxterding.

—Geraldine... —pronunció el nombre de la muchacha con un tono suave y discreto—, yo de usted volvería a la casa. Su ausencia ha sido notada.

—Creía —se excusó ella— que la señora estaba leyendo, y como cuando lee no quiere ser molestada...

—No me estaba refiriendo a la señora, sino al señorito Michael —le hizo saber Robert Schaal—. Y usted ya sabe que el señorito Michael... Bueno, tal vez no debiera inmiscuirme en asuntos que no son exactamente de mi incumbencia... Le ruego que me disculpe...

—Le guía la mejor voluntad, me consta —dijo Geraldine—. No tiene por qué disculparse.

—Pero a mí no me ha gustado oírle —repuso Alex Morrison, y estaba claro que no se achicaba ante nadie—. ¿Sabe por qué? Se lo voy a decir. Porque yo también estoy interesado por Geraldine. Y ella me corresponde —añadió—. No tiene usted por qué ignorarlo.

Geraldine no lo negó. Y Robert Schaal movió dubitativamente la cabeza y comentó:

—Primero Herbert, ahora el jardinero. Cambia usted muy fácilmente de sentimientos, Geraldine.

* * *

Acababa de volverse y de ver que el sendero por el que había avanzado, con Alex Morrison a su lado, seguía existiendo: No había quedado cerrado, cortado, como aquella otra tarde.

—Era por aquí... —repuso ella—. Estoy segura...

Siguieron adelante.

A los pocos minutos, la muchacha se volvió. Pero ahora no respingó, ni tampoco se puso a temblar. Allí seguía estando el sendero. No veía arbustos, ramajes ni hierbas taponándolo. No, ni unos ni otros habían crecido de súbito a sus espaldas. Todo, pues, era completamente normal.

—Unos metros más adelante el sendero quedaba interrumpido... —musitó Geraldine. Pero ante ella, y ante Alex Morrison, el sendero continuaba.

—Sería otro, ¿no crees?

—No, no... —dijo y repitió la muchacha—. Era éste... Y aquí cerca había un atajo. Fue el que yo cogí...

—No veo un atajo por ninguna parte.

—Yo tampoco.

Siguieron mirando. Por aquí y por allá. Nada.

—Pero el atajo existía —insistió ella, poco después—y a través de él pasé por lugares hasta entonces enteramente desconocidos para mi. Se me antojó aquél un mundo extraño, desconocido, como embrujado.

—Debías estar muy excitada.

—Sí, si —admitió—. Pero no me estoy inventando nada. En cuanto a aquella zona del bosque —añadió—, resultaba tan lujurienta, tan enmarañada, que aunque hubiera querido apartarme del atajo no hubiera podido hacerlo...

—Así fuiste a parar a la orilla de un lago, y allí estaba la pequeña isla...

—Exactamente.

—Con sinceridad, si no fueras tú quien me explica esta historia, te diría...

—Que no me crees —concluyó Geraldine.

—Eso mismo.

—¿Pero me crees? —quiso saber, y en el fondo temía que el detective se estuviera volviendo atrás en su fe y en su confianza hacia ella.

No tardó en recibir respuesta.

—Te creo, Geraldine.

—¡Oh, qué alivio me da oírte! —exclamó—. La verdad es, que es todo tan absurdo, tan irreal, que casi me dan tentaciones de no creerme a mí misma.

—¿Pero puede uno explicarse lo que te sucedió? Nada de eso es normal.

—No lo es. Pero menos normal es aún... —recalcó Geraldine—todo aquel horror que presencié en esa isla.

—Me hubiera gustado poder llegar hasta allí y ver lo que no dudo que sea cierto, pero que es preciso sin duda contemplarlo con los propios ojos para admitirlo y asimilarlo total y absolutamente.

—Comprendo —se hizo cargo la muchacha.

—Sin embargo, ¿cómo llegar allí si ignoro por dónde debo ir? —inquirió él.

—Corrí a través del atajo por lo menos durante media hora, tal vez más —dijo

Geraldine—. En esa dirección... —y extendió el brazo, indicando la zona.

—Supongo que tendré que desistir de mi empeño, al menos por el momento —resumió Alex Morrison, tras seguir mirando a su alrededor y no dar con ningún detalle que le ayudase a sacar conclusiones.

—Quizá sea mejor así —reflexionó Geraldine—, creo que te hubieras arriesgado demasiado. Ya encontrarás otro modo de...

Se interrumpió.

Acababan de oírse unos gemidos. Unos entrecortados y sobrecogedores gemidos. Llegaban de muy cerca. De tan cerca que ciertamente estaban ya allí mismo.

En efecto, pronto tuvieron ante ellos a la persona que los profería, un jovencito que se les acercó oscilando como si fuera un péndulo.

Parecía un beodo. Pero desgraciadamente se trataba de algo más trágico, de ello aquellos gemidos que ponían los pelos de punta.

El jovencito apretaba las manos contra su estómago, las crispaba desesperadamente en su propia carne. Evidentemente sentía un dolor lacerante.

—¿Que te sucede...? —Alex Morrison fue hacia él.

Pero el jovencito se dirigió a Geraldine, sólo a ella, diciéndole:

—La vi en la isla... La recuerdo perfectamente...

—¿Quién eres? —preguntó Alex Morrison.

—Uno de los componentes de esa maldita banda —declaró abiertamente —. Pero yo no he sido nunca como los otros... Me hice uno más creyendo que no mataríamos a nadie... ¡Oh. Dios, qué Horror! Aquello es como dice el rótulo... un infierno...

Se dobló sobre sí mismo tras lanzar un quejido horrendo.

—Siento como si tuviera fuego en mi estómago —dijo después, cuando pudo recuperarse un poco—. Como si me hubiera tragado un litro de vitriolo... como si las fauces de una fiera me estuviera devorando las entrañas...-

—Te ayudaré a andar —repuso Alex Morrison—, Quizá aun puedas llegar a tiempo... —No, es inútil —dijo el jovencito con el tono entrecortado—. Estoy irremisiblemente condenado a morir. Han comprendido que iba a desertar, que iba a delatarles... ¡Me han envenenado! Pero han dado por descontado que no llegaría a tiempo de desenmascararles puesto que Mellsbury está lejos... Sin embargo, acabo de encontrarles a ustedes y eso me va a permitir decirles quien es el jo...

—Sí, dígalo —le apremió Geraldine.

Y le apremió a ello porque le vio tan torturado por el sufrimiento, por el dolor, que temió que. si no se daba prisa, no llegaría a tiempo de

desenmascarar a aquel desalmado, sinuoso y diabólico ser que era El Encapuchado Rojo.

Los temores de la muchacha se vieron cumplidos.

Antes de pronunciar una sola palabras más. aulló... ¡Aulló de un modo horrendo, pavoroso!

Al poco caía al suelo, retorciéndose entre escalofriantes sacudidas, contrayéndose convulsivamente.

Su rostro se había demudado, adquiriendo un tono azulado. Las venas de sus sienes y de su cuello quedaron tan marcadas que parecían a punto de estallar. Sus ojos quedaron súbitamente inyectados en sangre. De sus labios empezó a fluir saliva espumosa... —¿Quién es el jefe de la banda? —inquirió Alex Morrison—. ¿Quién...?

Quiso responder. No pudo hacerlo. Agarrotado por un dolor hiriente, incisivo, lacerante como una pura llaga, quedó hecho un ovillo. Un ovillo crispado, contorsionado.

Cuando su cuerpo se relajó, era ya tarde. Había muerto.

CAPITULO IV

La señora Baxterding estaba ofreciendo una gran fiesta a !o mejor y más escogido de sus amistades. Las invitaciones habían sido cursadas con varios días de anticipación. De ello, sin duda, que la fiesta no hubiera sido aplazada.

Porque lo cierto es que en aquellos momentos toda la localidad se hallaba estremecida, sobrecogida, ante los últimos acontecimientos acaecidos.

En medio de la plaza principal de Mellsbury, exactamente frente a la mansión de Baxterding, acababa de aparecer el cadáver del señor Mason.

Con un brazo amputado y todo el cuerpo en avanzado estado de descomposición, fue hallado, entre unos arbustos, debido al nauseabundo olor que emanaba.

En la calle colindante, se halló asimismo el cuerpo de otro vecino. Este era el padre de una pobre joven paralítica. También debía haber muerto días antes, pues su estado de descomposición y putrefacción no era mejor que el del señor Mason.

Como se comprenderá, el ambiente no estaba para fiestas.

Pero las invitaciones, lo dicho, habían sido ya cursadas y nadie quiso correr el riesgo de incomodar con su incomparecencia a tan refinada anfitriona. Así que todos, antes o después, habían comparecido.

Alex Morrison desempeñaba circunstancialmente el puesto de mayordomo de la casa. Herbert había tenido que ausentarse, su madre acababa de ser intervenida, y la señora Baxterding le había pedido a su nuevo jardinero que cubriera el puesto.

—Supongo que sabrá hacerlo —le había dicho la dama.

—Por descontado que sí, señora —le había respondido él.

Y sí, lo estaba haciendo perfectamente. Como si en su vida no hubiera hecho otra cosa. —Actúas con una naturalidad pasmosa... —le sonrió Geraldine, mientras cogía una de las copas de champaña que el joven y atractivo detective le ofrecía en una reluciente bandeja de plata.

—Gracias, preciosa —contestó él por lo bajo.

Alrededor de la pareja se hallaban los innumerables invitados. Llenaban los grandes salones.

Magníficos salones, relucientes de luz, que en esta ocasión no parecían refulgir como en anteriores fiestas. Esto debido, sin duda, a la inquietud y a la alarma que había en los invitados. Lo que a unos y a otros les obligaba inevitablemente a estar hablando de lo mismo.

—Verdaderamente horrible...

—¿Quién será El Encapuchado Rojo... ?

—Es un monstruo asesino...

—Ha querido demostrar que, o recibe el dinero que pide, o la respuesta es la muerte... Una muerte espantosa...

—No podemos respirar tranquilos hasta que la policía no les dé caza...

—El inspector Taylor es un hombre competente...

—Esperemos que lo demuestre...

Los comentarios no cesaban.

Sólo lo estaban pasando bien los más jóvenes. Y entre éstos, Juliet y Gerry. Ella era una chica muy bonita, algo coqueta, que siempre estaba con la sonrisa en los labios. El era un muchacho de buen ver, que estrenaba novia casi a diario. Los dos tenían unos padres en muy buena situación económica.

Así estaban las cosas cuando la puerta central del primer salón se abrió de súbito. Habían aparecido varios individuos encapuchados. Las capuchas eran endiabladamente rojas. En sus manos llevaban metralletas.

Tal hecho arrancó un grito unánime y ahogado en los concurrentes.

Uno de los intrusos advirtió:

—Tenemos bloqueadas todas las salidas. No intenten salir. Sería inútil...

El otro dijo:

—Venimos a traerles algo... Y también a llevarnos algo, por descontado...

Los invitados habían ido retrocediendo. Primero un paso, luego otro. Habían acabado agrupados, muertos de miedo. Sólo Geraldine consiguió controlar algo sus nervios.

La señora Baxterding, sin embargo, fue la excepción, permaneció dignamente en su sitio.

No quiso mostrarse acobardada, sin duda por considerarlo impropio de su categoría.

Su nieto, Michael, no se sintió tan decidido, ni muchísimo menos, y fue retrocediendo todo lo que pudo hasta quedar pegado a una pared. Desde allí buscó la presencia de Robert Schaal, el secretario de su abuela, tal vez sintiendo la necesidad de que un

hombre tomara la iniciativa en aquella lamentable situación.

La señora Baxterding intentó alzar la voz.

—¡Salgan inmediatamente de mi casa! —exclamó.

—Me temo —intervino Alex Morrison, destacando de entre los presentes —que no van a hacerle el menor caso, señora.

—¿Quién es usted...? —le preguntó uno de aquellos sujetos encapuchados.

—Supongo que salta a la vista, ¿no? Soy el mayordomo. Y a propósito —y su voz sonó fuerte, sonora, en medio de aquel sobrecogedor silencio—: ¿dónde está su jefe...? ¿Vienen hoy sin él... ?

Nadie se esperaba que se atreviera a hablar así.

—Nuestro jefe... —empezó a decir otro de los encapuchados.

—Su jefe es, según me han dicho, alto, muy alto y delgado —Alex Morrison le había interrumpido—. Y además, viste siempre de rojo, de la cabeza a los pies. Evidentemente no es ninguno de ustedes...

—¡Obedecemos sus órdenes! —rugió otro de los encapuchados—, ¡Y se acabaron las palabras! —e hizo un gesto a un par de sus compañeros.

Los cuales se adelantaron decididamente hacia el grupo de invitados. Los cuales, asustados, aún se agruparon más.

Tras apartar bruscamente a varios de los presentes, los encapuchados se

apoderaron de Juliet y de Gerry, aquellos dos jóvenes. Dos jóvenes que ahora sentían un verdadero pánico.

Sí, pánico era exactamente lo que sentían. Verse escogidos como nuevas presas por aquellos sujetos, por aquellos desalmados, sabían de antemano lo que significaba, o lo que podía significar si los padres respectivos no pagaban el rescate que les fuera pedido.

Pero les sería dado, claro que sí, y podrían volver sanos y salvos. Estaban seguros. De ello que ambos se dejaran llevar, si bien a empujones, hacia la puerta de salida. No obedecer equivalía, estaba claro, clarísimo, a que sin contemplaciones funcionara cualquiera de aquellas metralletas. Una ráfaga y todo concluido.

Tal amenaza hizo, asimismo, que los demás concurrentes permanecieran quietos, inmóviles, dejándoles hacer. En realidad ninguna otra alternativa resultaba razonable en aquellos instantes.

Pero la función no había concluido. Al drama, a la tragedia. le faltaba el último acto...

¡Y éste iba a ser tan brutal, tan sobrecogedor, que el terror dejaría agarrotados a todos los presentes!

Ante otro gesto del encapuchado que más parecía llevar la voz cantante, comparecieron dos nuevos compañeros. Entre los dos cargaban con un saco. Mejor dicho, lo arrastraban, pues lo llevaban por el suelo.

—Aquí lo dejamos... Ya lo desatarán y verán lo que contiene...

Juliet y Gerry habían desaparecido de la vista de todos ellos. Debían estar ya en el interior de uno de los coches. Porque era ya sabido que la banda de El Encapuchado Rojo trabajaban valiéndose de varios coches de antiguo diseño, pero de potente motor, con los que huían rápidamente después de sus demoníacas fechorías.

Los últimos encapuchados retrocedieron uno a uno, tras recomendar a los presentes que no osaran gritar ni pedir auxilio antes de tiempo. Podrían arrepentirse de hacerlo.

Desaparecidos todos, los invitados avanzaron, se acercaron al saco.

Algunos empezaron a desatarlo.

A todos ellos les temblaban las manos.

A ninguno le salía la voz.

Cuando se vio lo que el saco contenía, dos señoras se desvanecieron y Michael Baxterding se puso a sudar tan copiosamente que en pocos instantes quedó calado.

Dentro del saco había un hombre al que todos, o casi todos, reconocieron en el acto. Era el doctor de Mellsbury. Una persona buenísima.

Su cadáver apareció con los pies tan quemados, tan achicharrados, que en sus plantas sólo, se veían cortezas negras. También este cuerpo se hallaba en plena descomposición.

De ello que al abrir el saco y el plástico que lo forraba, un olor pestilente, nauseabundo y putrefacto emanara de allí y obligara a los presentes a sacar

sus respectivos pañuelos y a taparse las narices.

* * *

—Tendré que informarme —dijo Alex Morrison a la muchacha. Y antes de que ella le preguntara respecto a qué, se lo dijo —: Considero imprescindible saber si Herbert, en efecto. ha dejado su puesto debido al estado de salud de su madre.

—Sí, claro —asintió Geraldine.

—En caso de no ser así, las sospechas me llevarían a suponer, o más bien a dar por seguro, que nos ha dejado para reunirse con sus secuaces y planear un nuevo golpe...

—Entonces creerías en lo que yo te digo, en que es el jefe de esa banda, ¿verdad?

—Sí —afirmó. Pero Alex Morrison no debía perder tiempo y había de añadir—: No obstante, de momento voy a ver de investigar por otros lados.

—Eres sólo un sirviente de la señora Baxterding —repuso Geraldine—. Al menos es lo que todos creen, y deben seguir creyéndolo. Recuerda que El Encapuchado Rojo me amenazó de muerte si...

—Lo tengo muy presente, no te preocupes —la tranquilizó Alex Morrison.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Puedo saberlo? —se interesó.

—Hablar con los familiares de las tres últimas víctimas. Quizá eso me lleve a alguna parte.

—¿Tú crees? —hizo un gesto incrédulo.

—No lo sé. Pero no pierdo nada intentándolo. Así que debo hacerlo.

En cuanto le fue posible, Alex Morrison se dirigió a la primera de las tres direcciones que había conseguido anotar cuidadosamente.

Se vio ante unos bajos. Estos tenían un par de ventanas orientadas hacia la calle.

Se acercó a la puerta e hizo sonar el timbre.

Tardó en oír que alguien se acercaba. Pero estaba dispuesto a ser atendido, así que no se mostró impaciente.

Cuando la puerta se abrió, al otro lado vio un sillón de ruedas y allí, inmóviles las piernas y llorosos los ojos, a una muchacha de apenas diecisiete años.

—¿Qué desea? —le preguntó ella.

Alex Morrison le dijo que venía a hablarle de su padre.

—¿Quién es usted? —quiso saber.

—Soy Alex Morrison, detective —se presentó, y no sólo lo hizo de palabra, pues sacó su documentación y se la puso por delante—. Me gustaría hacerle un par de preguntas.

—Entre —y ella hizo retroceder el sillón de ruedas para dejarle pasar.

Ya en el interior de la vivienda, arreglada mucho mejor de lo que desde fuera pudiera presumirse, Alex Morrison preguntó sin más dilaciones:

—¿Cuánto dinero le pidió El Encapuchado Rojo por la vida de su padre? He oído decir que cinco mil libras.

—Si, cinco mil libras —corroboró la paralítica.

—Más de lo que ustedes tenían...

—No, no, la verdad es que teníamos ese dinero —la voz le salió sumamente angustiada—. Desde hace muchos años mi padre no hacía más que ahorrar. Pero el dinero lo tenía escondido en un lugar de esta casa, no quería que nadie supiera dónde Bueno, mi tío Frank sí lo sabía.

—¿Usted no?

—No —respondió—. Mi padre, en realidad, deseaba darme una sorpresa, ¿sabe? Cuando hubiera ahorrado lo suficiente, podría operarme de las piernas un famoso cirujano. En cierta ocasión me visitó y me aseguró que lo mío tenía cura, ¿comprende?

—Comprendo. Pero acláremelo mejor, si su tío Frank sabía dónde estaban escondidas esas cinco mil libras...

—Cuando mi padre fue secuestrado y yo recibí la nota en que me hacían saber cuál era el precio de su vida, mi tío Frank se hallaba ausente, y no, yo no supe localizarle —la muchacha lloraba—. Pudo mi padre escribirme, diciéndome el lugar en que estaba el dinero... No, no quiso hacerlo... Sé perfectamente por qué... Prefirió morir a privarme a mí de esa intervención...

—Supongo que su tío Frank está ya aquí, de regreso.

—Sí, pero ahora ya es tarde.

—Sinceramente lo lamento, créame.

Alex Morrison oyó un ruido tras él y se volvió, encontrándose con un hombre aún joven, alto, muy alto y delgado, iba vestido correctamente y se expresión era seria, grave. —Soy su tío Frank —dijo.

—Mucho gusto...

—Poco podrá averiguar con lo que le digamos nosotros —puntualizó el hombre. Y agregó—: Compréndalo, si yo supiera algo usted no me hubiera encontrado con los brazos cruzados... Era un hermano muy querido, cuya muerte, a mi juicio, clama venganza.

—Lamento estar molestándoles —repuso Alex Morrison—. Me hago cargo de que mi presencia no es oportuna. Pero no sabiendo por dónde empezar mis investigaciones... —Quisiera poder ayudarle —volvió a hablar 1a paralítica—. Haciéndolo me ayudaría a mí misma, ya que yo pienso del mismo modo que mi tío, la muerte de mi padre clama venganza.

Poco más quedaba por decir y Alex Morrison, tras despedirse de ambos, salió de la casa. La paralítica le había acompañado hasta la puerta de salida y le estuvo mirando hasta que se perdió a lo lejos.

El detective se dirigió a la segunda dirección.

Se trataba de una casa de planta baja y un piso, moderna. Había que subir tres peldaños para llegar a la puerta principal. Los subió. Al poco hacía sonar el timbre.

Le salió a abrir una mujer de unas treinta y ocho años, curvilínea, muy atractiva. Tenía unos esplendorosos ojos negros. Vestía de color.

—Dígame.

—¿La señora Mason...? —preguntó.
—Sí.
—Soy detective. ¿Puedo pasar?
—¿Qué desea?
—Hablar con usted, si es tan amable que...
—¿De qué quiere usted hablarme?
Le incomodaba su presencia, no hacía falta ser muy inteligente para reparar en ello. Hubiera dado cualquier cosa por poder sacarle de allí sin más contemplaciones.
—De su marido —e insistió—: ¿Puedo pasar...?
No debió parecerle conveniente negarse y dijo:
—Adelante —sin embargo, añadió—: Pero tengo que salir, así que le agradeceré que sea breve.
—De acuerdo.
Cuando se adentró en !a elegante casa, vio que allí había alguien más. Era un hombre de edad intermedia, alto, muy alto y delgado.
—Es mi primo Edward... —presentó la señora Mason —. Puede hablar delante de él con toda confianza.
—Si a usted no ha de importarle...
—En absoluto.
—Venía a preguntarle —fue directo al caso—cuánto le fue exigido por su marido, por devolvérselo sano y salvo. He oído decir que quince mil libras.
—Sí, exactamente —asintió la ahora viuda de Mason.
—Debo suponer que no disponían ustedes de esa elevada cantidad...
—No —se limitó a esta breve respuesta.
Pero vio cómo su primo Edward le miraba a ella y cómo a su vez ella le miraba a su primo, y le bastó para sacar una rápida y tajante deducción.
—Eran amantes. La muerte del marido había constituido un respiro y una liberación para ambos.
—Sin embargo —prosiguió Alex Morrison—, esta casa va le lo suyo. ¿O acaso la tienen en alquiler... ?
—Es de propiedad —dijo ella.
—¿Entonces...? —inquirió el detective.
—¿Quién le autoriza a usted a un interrogatorio en tales términos? —el primo Edward había intervenido con un gesto violento, evidentemente mal contenido —. Que usted sea detective no le da derecho a...
—...A comprender que usted, señora Mason, dejó de pagar esperando y deseando que sucediera lo que...
Alex Morrison no se andaba con miramientos.
Relucieron delatadores los ojos negros de la mujer aún joven y atractiva, pero consiguió controlar su expresión. También controló el tono de su voz.
—No disponíamos de esa cifra y la casa está hipotecada... —pero vio un gesto sumamente irónico en el rostro del joven intruso y ya no pudo controlarse. Así que exclamó—: ¡Bueno, si quiere saberlo, ahí va... ! ¡Yo

aborrecía a mi marido, estaba harta de él! ¡Deseaba quedar libre!

—Usted prefiere a su primo Edward —repuso el detective con naturalidad —. Sí, claro... —¡Sí! ¡Sí! —y calmándose de pronto, tan de pronto como se había excitado— ¿Algo más... ?

—No —dijo Alex Morrison—. Ya sé todo lo que quería.

Instantes después salía de aquella casa y se dirigía a la tercera dirección. La cual había de corresponder en esta ocasión a una pequeña villa rodeada de un minúsculo, pero encantador jardín.

Allí le recibió, rigurosamente enlutada, la esposa del doctor de Mellsbury. Un hombre que había sido siempre una excelente, una buenísima persona. Su cadáver había sido encontrado en el interior del saco, llenando de horror y consternación a todos.

—Sólo la molestaré un minuto.

—Lo menos posible, por favor —intercaló el hermano de la señora enlutada, el cual se hallaba presente.

Este era un hombre alto, muy alto y delgado, que miraba a su hermana con consternación y cariño. Indudablemente con ambas cosas.

—En seguida acabo... —prometió Alex Morrison, mientras se daba cuenta de la estatura de aquel hombre—. Como detective que soy, me gustaría saber cuánto se les pidió por...

—Quince mil libras —dijo la viuda del doctor de Mellsbury—. ¡Oh, muchísimo más de lo que nunca habíamos tenido! —y se puso a llorar del modo más desconsolador.

—Su marido era muy bueno —intercaló el hermano—, apenas cobraba a sus pacientes cuando les veía pasando un mal momento económico.

—De ello que siempre hayamos vivido bien, pero sin despilfarras —prosiguió la mujer—. Pero El Encapuchado Rojo ha debido imaginarse algo distinto y exigió esa cantidad... Como sea que esta casa no es nuestra ni teníamos ninguna otra propiedad —agregó la pobre y desdichada mujer—, nada he podido hacer por salvarle... —y su llanto dejó de ser desconsolador para hacerse desesperado.

—Cálmate, por favor —y su hermano, tiernamente conmovido, se acercó a ella y la abrazó. Luego se volvió hacia el detective—. Ya ve en qué estado se encuentra. ¿No podría volver otro día?

—Sí, desde luego.

—Se lo agradeceríamos.

Le acompañó hasta la puerta y le ofreció la mano al despedirse.

Alex Morrison se fue de allí pensando que, tanto el tío de la joven paralítica, como el primo de la viuda de Mason, como, últimamente, el hermano de la viuda del doctor de Mellsbury, eran altos, muy altos y delgados.

¿Una mera coincidencia... ?

Sacudió la cabeza.

CAPITULO V

La señora Baxterding se hallaba paseando por el parque- jardín desde hacía rato, llevando a su lado a Geraldine, su señorita de compañía. Iban hablando de cosas sin importancia, si bien, en el ánimo de ambas pesaban los últimos acontecimientos. Con sobrado motivo puesto que éstos habían sido tan horribles y pavorosos.

—Mi nieto sigue interesado por ti —dijo la dama de un modo inesperado y miró de frente a la muchacha—. Quizá no debiera hablarte de ello, pues ya sé que tú amas a Herbert...

Quedó pendiente de la respuesta que la muchacha pudiera darle.

—Creía amarle —repuso Geraldine, carraspeando un poco—. Ya no, señora.

—Entonces es cierto lo que me ha asegurado el señor Schaal, mi secretario. Ahora estás sentimentalmente interesada por el jardinero...

—Sí, señora...

Sus propias respuestas se le antojaron a Geraldine tan faltas de coherencia, que se sintió estúpida. ¿Acaso la dama, que seguía mirándola, se dio cuenta de ello?

—Varías mucho de manera de pensar —dijo la señora Baxterding tras una pausa—, y ello, con franqueza, me hace albergar la esperanza de que aún no esté todo dicho. Hazte cargo, yo deseo la felicidad de mi nieto —desde luego hablaba sin el menor orgullo, en realidad casi no parecía ella misma —. Y su felicidad sólo puede llegarle de ti, lo sé, está muy enamorado.

—Me azora, me confunde usted, señora. No sé qué decirle..,

—Deja que sea yo quien de momento te diga a ti, que eres fina, discreta, cuita, y que desempeñas irreprochablemente el puesto de señorita de compañía. Me tienes muy satisfecha,

—Gracias, señora,

—Por lo demás —agregó la dama—, me consta que de forma igualmente irreprochable ocuparías el puesto de esposa de mi nieto. —Pero ella misma quiso por lo visto dejar de hablar de aquello, pues habiendo llegado hasta el pabellón adjunto a la verja, cambió de tema—, Herbert no ha regresado todavía, espero que su madre no haya empeorado... Menos mal —comentó seguidamente—, que para el puesto de mayordomo he encontrado un suplente a plena satisfacción mía.

Se refería a Alex Morrison y la muchacha volvió a sentir que la dama clavaba en ella su mirada. Le dieron tentaciones de carraspear de nuevo.

—Bueno, ahora voy a ir a leer un rato —decidió la señora Baxterding unos instantes después—. Te dejo un poco de tiempo libre... Que sin duda agradecerás, pues no debe resultar muy agradable estar siempre sujeta a una vieja como yo.

—No diga eso, a su lado estoy encantada, señora —contestó Geraldine.

No era así. Y no es que tuviera nada en contra de aquella señora, ni nada

en realidad en contra de Michael. Todo lo contrario, pues ambos, de común acuerdo, le ofrecían un bienestar económico que cualquier otra muchacha hubiera envidiado. Pero ella no podía sentirse a gusto en aquella casa, donde, de un momento a otro, le constaba, regresaría Herbert... Un inofensivo mayordomo, al parecer sólo eso. Pero a sus ojos algo más, desgraciadamente mucho más. Ni más ni menos que el jefe de aquella banda, El

Encapuchado Rojo, un hombre perverso, diabólico, dueño de una mente enferma y desquiciada.

Debería irse de allí. Sí, debería hacerlo. Pero ahora se sentía atraída por aquel joven y apuesto detective que tan desinteresadamente se había brindado a ayudarla. No podía dejarle. No podía hacerlo de ninguna de las maneras. Sólo podía, en todo caso, convencerle para que abandonara el caso y se fuera con ella.

Pero la posibilidad no la veía factible. Había empezado a conocerle y le constaba que era un joven tan decidido y valiente como obstinado. Cuando se empeñaba a esclarecer un asunto, no había riesgo, trance, contingencia, que le hiciera cambiar de idea. No era hombre propenso a la marcha atrás.

La señora Baxterding se había ido a leer. Como siempre a la biblioteca, estancia contigua al regio despacho, con el cual le unía una puerta de comunicación. En el despacho estaba Robert Schaal. el secretario competente y eficaz que llevaba desde aquella mesa todos los negocios de la familia.

Aunque a menudo estos negocios le obligaban a ausentarse a la ciudad. En tales casos solía estar ausente un par o tres de días.

Ahora se hallaba en el despacho, Geraldine le oyó teclear en la máquina.

Aprovecharía la ocasión, pues, para ir en busca de Alex Morrison. Sabía que podía hacerlo con absoluta tranquilidad ya que Michael por su parte no había de sorprenderles, había salido.

—No he podido venir antes... —dijo la muchacha apenas llegó a! lado del detective, e impaciente preguntó—: ¿Averiguaste algo hablando con esa muchacha paralítica, o con la viuda del señor Mason, o con la viuda del doctor...?

—No —contestó Alex Morrison—, pero tuve la oportunidad de conocer a tres personas muy interesantes.

—¿A quiénes?

—Al tío de la muchacha paralítica... Al primo de la viuda del señor Mason... Al hermano de la viuda del doctor...

—¿Qué tienen de interesantes?

—Quizá menos de lo que me figuro, no lo sé. Sólo sé que me alegro de haberles conocido.

—¿De qué modo conseguiste que te recibieran y se brindaran a hablar contigo...? —deseó saber.

—Sencillamente —contestó Alex Morrison—, diciéndoles que soy detective.

—¡Oh, no! —se asustó la muchacha.

—¿Por qué no?

—El Encapuchado Rojo me amenazó de muerte si decía a la policía... —la voz apenas le

salió—. Si llegara a sospechar que estás en esta casa por mí, y si relaciona los hechos...

—Yo no soy policía, sólo detective —dijo el joven.

—Viene a ser lo mismo —seguía con la voz ahogada, muy asustada.

—Bueno, la verdad es que no creo que tú corras en este asunto el menor peligro —la miró abiertamente—. Mira lo que te digo, Geraldine, a mi juicio tú eres la única que estás

a salvo, totalmente a salvo... Así pues...

El rostro de Geraldine expresó estupor. No se esperaba aquellas desconcertantes e inesperadas palabras.

Pero sé quedó con las ganas de preguntarle por qué le había hablado de aquella forma.

De pronto se abrió la puerta del despacho y salió Robert Schaal. Le vieron pálido, demudado, temblando.

—¡Acaba de telefonearme! —exclamó casi gritando—. ¡Dice que le están ahorcando...!

Apenas le salía ya la voz al decírmelo...

La señora Baxterding apareció en el umbral de la biblioteca.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Acaba de telefonearme! —exclamó de nuevo el secretario, y repitió—. ¡Dice que le están ahorcando... ! Apenas le salía ya la voz al decírmelo...

—¿Se puede saber de quién está hablando? —preguntó la señora Baxterding.

Robert Schaal tragó saliva. La tragó con esfuerzo, apena' pudiendo pasarla por la laringe.

—De Herbert —dijo.

* * *

—Pero, bueno... —Alex Morrison fue el primero en reaccionar—, ¿cómo puede uno telefonear mientras le están ahorcando...? Esto no tiene sentido...

—Eso mismo he pensado yo —repuso Robert Schaal, encogido, achicado, por lo que su estatura daba la sensación de ser aun más escasa—. Eso mismo he pensado yo...

—¿No se tratará de una broma? —la señora Baxterding se planteó la pregunta. Pero a sí misma se la respondió—: No, claro que no.

—Debemos considerar la posibilidad —subrayó Alex Morrison—de que Herbert haya caído en poder de El Encapuchado Rojo...

—Sí, claro —aceptó Robert Schaal.

—¿Tú crees...? —preguntó la muchacha mirando al detective.

Ella terminaba de asimilar la idea. Si Herbert era El Encapuchado Rojo,

¿cómo iba a caer en su poder...? A menos que ella hubiera estado equivocada desde el principio y Herbert fuera, simple y llanamente, lo que parecía, un mayordomo, nada más.

—¿Está seguro, señor Schaal, de que se trataba de Herbert? —preguntó Geraldine. —Sí —asintió el secretario—. Era exactamente su voz.

—Esta situación resulta incomprensible... —comentó la señora Baxterding —. Absurda y ridículamente incomprensible.

—Se lo parecería aún más, señora —dijo Robert Schaal—, si supiera lo que Herbert ha terminado diciendo...

—¡Hable! ¡Hable! —le apremió la dama.

—Me ha dicho que le encontraremos en la carretera, en las afueras de Mellsbury, a unos doscientos metros de la gasolinera... Me ha dicho que si vamos rápidos aún estará con vida...

—¿Pero cómo vamos a encontrarle con vida —barbotó Alex Morrison—si ai telefonearle a usted, señor Schaal. ya le estaban ahorcando? Además, si a alguien se le ahorca, no se le ofrece un teléfono para que sobre la marcha vaya comunicándolo a sus amigos...

Parecía un rompecabezas inventado por un demente, sobraban y faltaban piezas por todas partes. Pero trágicamente se trataba de algo más que de un juego, de algo más que un rompecabezas. Era sin duda un nuevo y macabro eslabón en aquella pavorosa cadena de crímenes.

—¡Debemos ir a buscarle! —exclamó Alex Morrison al ver que los demás no reaccionaban, al ver que se mostraban como anquilosados—. Yo me ofrezco a ir. con su permiso, señora...

—Sí, sí, vaya —aceptó la señora Baxterding con rapidez—. Y gracias. Pero vaya con cuidado... —y le previno—: Todo esto no me gusta nada...

En aquel momento se presentó Michael. Llegaba del paseo que había salido a dar con su descapotable de color azul turquesa, uno de sus últimos caprichos.

—¿Sucede algo? —preguntó al ver la cara que unos y otros ponían.

—Sí —respondió su abuela.

—¿Qué sucede? —quiso saber.

—Herbert... —empezó a decir Geraldine.

—¿Qué pasa con Herbert?

—Ha telefoneado —dijo Robert Schaal.

—Bien, ¿y qué...? —parecía totalmente ajeno a lo que podía haber sucedido.

—Ha dicho que le estaban ahorcando... —de nuevo había hablado Robert Schaal. ¿Querían darle un susto? ¿Se trataría de eso? Pero no, estaba claro que no se trataba de eso. Michael exclamó:

—¡Demonios!

Dicho esto se puso pálido, cada vez más pálido.

—No podemos perder más tiempo —intercaló Alex Morrison—. Si ha dicho que si vamos rápidos aún estará con vida... —y sin más—: ¿Me

acompaña usted, señor Schaal? ¿Y usted... ? —se dirigió a Michael.

—¡Oh, yo no valgo para esas cosas! —se disculpó Michael—, Nunca me he visto en circunstancias desagradables...

—Yo le acompaño —el secretario particular de la señora Baxterding. había respirado hondo, cogiendo acopio de oxígeno—. No voy a dejarle solo, no estaría bien. —De acuerdo. Vamos.

Unos minutos después salían de Mellsbury en uno de los coches de la señora Baxterding. En el que más solía usar Robert Schaal, aunque en esta ocasión le rogó a Alex Morrison que condujera.

Este se había ofrecido a hacerlo al ver lo nervioso y alterado que estaba. No le seducía la idea de que se estrellaran en la carretera.

—Esa es la gasolinera... —había de indicarle Robert Schaal poco después —, Y me ha dicho que estaba a unos doscientos metros...

Tardaron poco en encontrarle.

Se hallaba colgado de un árbol de la carretera.

La soga le pasaba por el cuello y pendía de ello como un monigote.

Con las manos atadas a la espalda y los tobillos asimismo sujetos, clavaba sus inmóviles ojos en el cielo y abrió la boca como si estuviera aún gritando.

El sol desaparecía...

Desaparecía en un horizonte teñido de rojo. De un rojo violento como hecho de sangre.

CAPITULO VI

Se habían retirado a descansar a sus respectivos dormitorios, queriendo dar por terminado aquel penoso y desagradable día.

La insólita e inexplicable llamada telefónica, la horrible muerte de Herbert...

Dado que ya habían puesto en conocimiento del inspector Taylor todo lo sucedido, valía más irse a dormir e intentar olvidarse de todo eso. Al día siguiente ya seguirían pensando y dándole vueltas a la cabeza. De momento necesitaban tomarse un respiro, una pausa.

Pero Geraldine, afectadísima por aquellos últimos acontecimientos, temió no poder pegar ojo en toda la noche, y así se lo dijo a la señora Baxterding.

—Te daré un sedante —le respondió la dama —. Verás cómo te tranquilizas y reposas unas cuantas horas.

Iba Geraldine a tomarse el sedante, cuando oyó que alguien llamaba muy suavemente a la puerta de su dormitorio.

Pensó que sería la señora Baxterding. que se habría olvidado de decirle algo. Aunque le extrañó que no hubiera hecho sonar la campanilla que solía tener sobre la mesilla de noche. Su dormitorio estaba cerca del suyo para eso, para que oyera si sonaba la campanilla.

Fue a abrir, quedándose gratamente sorprendida al ver a Alex Morrison.

—¿Puedo pasar? —le preguntó él en voz baja.

—Sí —contestó la muchacha.

Cerraron la puerta para que la luz no iluminara el pasillo. —He venido a despedirme —repuso el joven detective, acto seguido.

—¿A despedirte...? —se angustió la muchacha.

—Debo encontrar ese sendero en el que tú te perdiste... Debo dar con ese atajo que te llevó hasta el lago... Debo, en definitiva, llegar a esa isla, guarida de la banda de El Encapuchado Rojo.

—¡Oh, no! —se sofocó ella.

—Me pregunto —dijo él—, ¿cómo pudo Herbert decir que le estaban ahorcando, si allí, junto a aquel árbol de la carretera, no había ningún teléfono...? Y esta pregunta, añadiéndola a todas esas otras que me he venido haciendo últimamente, son, juntas, un auténtico reto.

—Hacer lo que dices entrañaría un riesgo excesivo —repuso la muchacha —. Y tú lo sabes...

—También sé que mi curiosidad se ha desbordado. La llamada por teléfono y la muerte de Herbert ha sido la gota que ha desbordado el vaso...

—Por favor, no vayas —se lo suplicó encarecidamente—. Deja que sea el inspector Taylor el que se encargue... Quién sabe, quizá mañana les hayan cazado ya... Puede muy bien ser así...

—No me gusta quedar a la espera de que actúen los demás. Prefieran actuar por mi cuenta.

—Te juegas la vida... —ella le miró intensamente—. Es jugarse

demasiado, ¿no te parece?

—Estoy acostumbrado a hacerlo. Es mi trabajo.

Pero Geraldine se dio cuenta en aquel momento de lo mucho que le quería y no se avino, no se resignó a dejarle marchar. Si lo hacía quizá no volviera a verle.

—Alex... —murmuró su nombre con dulzura.

—Dime —Alex Morrison se limitó a esta palabra, como si no captara el sentir y el anhelo de ella.

—No quiero que me dejes —repuso Geraldine, y decidida a salirse con la ayuda se acercó a Alex Morrison y le echó los brazos al cuello—. Quédate conmigo —susurró. —Por lo que veo —comentó él, complacido, halagado—, estás dispuesta a usar todas tus armas.

—Cualquier cosa antes que verte muerto... ¡Y te van a matar si persistes en...!

No prosiguió porque Alex Morrison le estaba besando en la boca. ¡Y de qué forma, parecía querer devorársela!

El resto sucedió casi sin darse cuenta...

—Te quiero —susurró la muchacha, queriendo disculparse.

—Yo también a ti —le respondió la voz del hombre, pero él con esa naturalidad de quien cree firmemente que el amor debe demostrarse, manifestarse y realizarse. Y añadió —: Eres maravillosa.

—Me hubiera gustado que me lo dijeras la noche de bodas. Pero los muertos no se casan y yo te quiero, y te quiero vivo...

Durante largo rato no hubo en aquella habitación más que un amor vehemente,

apasionado, que les hizo creer que estaban en el cielo.

Pero estaban en la tierra.

Y Alex Morrison fue el primero en recordarlo.

—Debo irme...

—¿Cómo...? —se indignó Geraldine—. ¿Vas a dejarme después de...?

—Si me quedara volveríamos a las andadas.

—De acuerdo. ¿Por qué no?

—No. no es posible. ¡Qué más quisiera yo! Debo hacer lo que te he dicho...

—Si me dejas ahora, ¿qué habré conseguido? Sólo retardar tu marcha.

—Y pasar un buen rato. Porque lo has pasado estupendo, no me lo niegues. Yo también he sido muy feliz, como no lo había sido nunca —e inclinándose y besándola una vez más—: Gracias, Geraldine, por querer salvar mi vida.

—Te lo suplico, no te vayas.

—No puedo postergar mi obligación.

—¡Oh, Alex, cariño!

—Volveré, querida... —y se lo prometió mientras se vestía.

* * *

Ya estaba en el bosque, con sus atajos, sus senderos, sus cimbreantes caminos. Se había provisto de una linterna de bolsillo y así se facilitaba la visión.

Llevaba una dirección determinada, aunque había tenido que abandonarla más de una vez al verse detenido por los arbustos, ramajes y hierbas que le interceptaban el paso.

Poco antes o después, de nuevo había cogido la misma dirección. Sabía dónde encontraría el lago. Un lago es una gran masa de agua depositada en una más o menos extensa hondonada de terreno, es decir, es un accidente geográfico, son siempre registrados en los mapas, así que había buscado y hallado uno de la zona, de la localidad. Con ese mapa en el bolsillo, su trabajo, por descontado, se simplificaría considerablemente.

Pero no ignoraba que al llegar a la orilla de ese lago es cuando empezaría lo peor, lo peligroso.

Debería poner en acción toda su astucia, y a la vez toda clase de precauciones si no quería caer en poder de aquellos desalmados. Capitaneados por un jefe, El Encapuchado Rojo, aún más desalmado que todos ellos.

Tardó en dar con aquel atajo del que Geraldine ya le había hablado. Tardó más de lo que se había imaginado. Pero una vez allí, en seguida supo que era aquél, porque de querer abandonarlo le hubiera costado lo indecible hacerlo. Lo lujuriento y enmarañado del terreno no facilitaba el salir de allí. Sí, sin lugar a dudas se trataba del mismo atajo.

Sin embargo, Alex Morrison no deseaba otra cosa que seguir adelante y llegar a la orilla de ese lago. Estaba decidido a adentrarse en aquella maldita guarida. Sólo viéndola de cerca y sorprendiendo a sus ocupantes podría esclarecer de una vez aquel inquietante enigma.

Pero uno contra tantos era expuesto, arriesgado, era un acto casi suicida. Sin embargo, no se desanimaba por eso confiando en la buena e inmejorable compañera que llevaba al cinto, su pistola automática.

Respiró hondo cuando, al fin, el atajo concluyó y ante él apareció el lago. Y allí, en el centro, su pequeña isla y la casa con la fachada deteriorada, toda ella misteriosamente rodeada de una tapia.

La luna había tenido la gentileza de dejarse ver, de aparecer entre dos nubes, pqr lo que Alex Morrison tuvo la oportunidad de reparar mejor en todo aquello.

También reparó en el minúsculo embarcadero que había allí mismo, en la orilla del lago, con la barca de dos remos. Parecía estar esperando que alguien la utilizara.

Pero no iba a cometer la ingenuidad de cogerla. Sin duda, desde la isla, alguien tendría la misión de vigilarla. Si quien fuera se valía de ella, era que iban a recibir visita y en tal caso se preparaban para recibirla con todos los honores. De lo contrario permanecían tranquilos, sabiendo que nadie se metía en sus asuntos.

Revisó su automática. Mejor dicho, se aseguró de que permanecía bien

cerrada la cremallera de su funda impermeable. También metió la linterna en otra bolsa impermeable, y ésta a su vez en el bolsillo de su pantalón de color oscuro.

Seguidamente se desprendió de la americana. El jersey que llevaba era de cuello alto, también oscuro.

Quería despistarse lo mejor posible entre las sombras de la noche, de eso que su indumentaria fuera tan seria. No podía dar facilidades.

Luego, sin pensárselo más, se echó al agua y empezó a bracear. Con impulso al principio, el agua estaba muy fría. Pero luego, conforme se acercaba a la isla, braceó despacio, lento. Nadie debía darse cuenta de que se acercaba.

A escasos metros de la isla se detuvo por unos instantes. Acababa de oír que dos hombres hablaban. Y hablaban cerca de la puerta de hierro que cerraba aquella tapia. Donde seguía el rótulo:

BIENVENIDOS AL INFIERNO

—Por lo visto vamos a dar un nuevo golpe esta misma noche —oyó que decía uno de aquellos hombres.

—No me lo esperaba —respondió el otro—. Como tenemos ya a esos dos muchachos... Pero, bueno, mejor, cuanto más trabajo hagamos más dinero cobraremos..

—A este paso pronto seremos ricos —seguían hablando—. Resulta una sensación muy desagradable, ¿eh?

—¡Y tanto que sí! Con dinero se consigue todo...

—Anda, dime, ¿qué vas a conseguir tú así que seas un honrado y respetable ciudadano? No creo que sea una educación refinada, ni modales, ni cultura, tú eres muy bruto.

—¿Y para qué quiero yo una educación refinada y todo eso? ¡A mí ya me va bien como soy! ¿Me preguntas qué conseguiré...? ¿Pues qué va a ser...? Mujeres guapas, atractivas... Nada de pechos lacios y vientres llenos de grasa... Nada de ojeras alrededor de los ojos y de arrugas en la comisura de la boca... ¡Nada de viejas! Son las únicas que hasta ahora he tenido para mí, ¿sabes? Así que, mujeres de lo mejor, me relamo de gusto sólo de pensarlo...

—Nada debe haber comparable a una mujer joven y guapa en la cama. Estoy contigo, y comparto tus sueños...

Dejaron de hablar, abrieron la puerta de hierro y se metieron dentro. La puerta quedó simplemente entornada.

Tras quedar un rato a la expectativa. Alex Morrison se dedicó a salir del agua. No se veía a nadie por allí, así que pensó que era el momento adecuado de hacerlo.

Pero en seguida se fue hacia el otro lado, considerando peligroso el lugar de entrada.

Chorreaba agua. Se pasó los dedos abiertos por el cabello, peinándoselo hacia atrás.

Ya por el lado opuesto, vio que la tapia tenía, en determinado lugar, una hiedra que trepaba casi hasta lo alto de la misma. Se trataba de una hiedra tupida, espesa, que evidentemente, podía facilitarle mucho su pretensión.

Era, desde luego, lo que estaba buscando. Era una manera de entrar allí sin utilizar la puerta. En la puerta debía haber vigilancia. O tal vez no, todo cabía, pero no podía correr el riesgo.

Sin embargo, Alex Morrison no quiso precipitarse y esperó unos minutos. Durante éstos, empero, no perdió el tiempo. Sacó de la funda impermeable la pistola automática, dejándola dispuesta a prestarle servicio, y sacó asimismo de la otra funda la linterna de bolsillo.

Hecho esto, avanzó hacia la hiedra, dispuesto a encaramarse por allí. Si bien dispuesto a hacerlo despacio, con cautela, no queriendo ser sorprendido.

El menor error podía tener fatales consecuencias y lo sabía. Tenía que saberlo porque no era necio ni estaba loco. Pero nunca había sabido lo que es tener miedo, así que se hallaba decidido a llegar hasta el final. Se lo había propuesto.

No obstante, oyó de nuevo las voces de aquellos dos hombres. Y tuvo que pegarse a la tapia, a la tupida y espesa hiedra para pasar desapercibido.

Los hombres aparecieron al poco. Iban por la orilla, y seguían hablando con la naturalidad propia de quienes creen que nadie está oyéndoles.

—Nunca creí acabar rico —decía uno de ellos—, ¡Cuántas sorpresas depara esta puñetera vida!

—Con este jefe da gusto trabajar —añadió el otro—. Sabe muy bien lo que se hace. —¡Y que lo digas! A su lado todo es sencillo y fácil. ¡En buena hora nos contrató! —Al principio yo tenía cierto recelo, creía que no íbamos a hacer bien las cosas. Ya se sabe, uno desconfía siempre de las mujeres...

Alex Morrison se quedó de una pieza. ¿Había oído bien? Sí, claro que sí. Nunca había estado mal de los oídos.

Quedó tenso. Agudizó el oído. Se trataba de que ninguna palabra se le escapara.

—Desde luego —oyó como el hombre se reía—no creo que nadie sospeche que El Encapuchado Rojo sea una mujer...

—Están lejos de sospecharlo. ¡Y vaya mujer que es! —exclamó el otro, y también se reía—. ¡Guapa de veras! ¡Yo me la comería en un par de bocados...!

—¡Eh, tú —le recriminó el compañero—, modera el vocabulario. Al jefe no le gustaría oírte... A ella no le come nadie, ni en ese sentido ni en ninguno...

—Era una broma, hombre.

Habían pasado ya. Alex Morrison no pudo oír más.

De nuevo a solas, se dispuso a no perder más tiempo. Escalaría por la yedra y se dejaría caer en el interior de aquel recinto.

Pero de un modo instintivo, murmuró:

—Es una mujer...

CAPITULO VII

Había trepado por la yedra, poco a poco lo alto de la tapia, y ya allí asomó la cabeza y miró hacia el interior. No vio a nadie.

Esperó unos segundos. Tenía que asegurarse de que, si se dejaba caer al otro lado, no se encontraría con ninguna sorpresa desagradable.

Todo estaba en silencio. Todo se hallaba a oscuras. Menos una ventana del piso que veía tenuemente iluminada y donde Alex Morrison dedujo que debería encontrarse El Encapuchado Rojo, la mujer jefe de aquella banda.

Pero la ventana se hallaba distante al lugar en que él se encontraba, así que no debía temer que desde allí alguien pudiera verle.

Se decidió.

Por lo que escaló un poco más por la yedra y ya arriba del todo pasó las piernas por el otro lado. Al poco se dejaba caer.

Estaba acostumbrado a toda clase de ejercicios y entrenamientos, de eso sin duda lo atlético de su cuerpo, y cayó como si fuera de goma. Más sencillo no pudo resultarle.

Pero no había hecho más que iniciar su temeraria aventura. Aquello sólo había sido el prólogo. Un prólogo que, eso sí, había iniciado con buen pie.

Ahora tenía que entrar en la casa. ¿Cómo conseguirlo? De eso se trataba.

Accionó la linterna y proyectó su luz por la fachada de la casa, aunque teniendo buen cuidado de rehuir las ventanas. Si alguien se hallaba por allí, no debía percatarse de aquella claridad.

Pronto dio con un trozo de fachada sumamente deteriorada. Ofrecía a simple vista frecuentes rajas y hendiduras.

Le pareció el lugar idóneo para escalar la fachada, máxime cuando allí mismo veía una ventana entreabierta.

Al parecer los obstáculos no eran tan insalvables como pudiera haber creído antes de empezar la peligrosa empresa. De momento al menos, claro. Que bien mirado, todo lo que estaba consiguiendo era meterse en la boca del lobo.

Vería cómo le iba todo cuando tuviera que salir...

Bueno, a su debido tiempo lo vería. No era cosa de anticiparse a los acontecimientos. Estos por su cuenta ya le irían marcando la pauta a seguir.

Confiaba en su buena suerte.

Siempre había confiado. Quizá por eso, como una buena y fiel amante, no le había abandonado nunca.

Se guardó la linterna, sin duda volvería a necesitarla. Acarició instintivamente la automática.

Seguidamente se encaramó por la fachada, agarrándose bien a las hendiduras, colocando los pies en los salientes que más garantías le ofrecían.

En pocos segundos consiguió llegar a la ventana entreabierta.

Habiendo alcanzado ya el alféizar, se quedó allí agazapado en espera de ver si en el interior de aquella habitación había o no alguien.

No había nadie. Era un simple cuarto trastero.

Aunque no tan simple según pudo constatar así que abrió la ventana y se coló dentro. Allí había diversas armas, pistolas, fusiles e incluso metralletas, y muchas balas. Era todo un arsenal.

Cruzó la habitación y se acercó a la puerta. La entreabrió sin hacer ruido.

El pasillo al que daba dicha puerta estaba a oscuras. Aunque no, no enteramente a oscuras. Más allá, al fondo, un rayo de luz se escapaba de debajo de una puerta. Se trataba de la misma luz que Alex Morrison viera desde la tapia. Aquella única ventana iluminada correspondía evidentemente a aquella estancia.

Se llevó la mano a la pistola automática, empuñándola con firmeza y seguridad. Acto seguido salió al pasillo.

No se oía nada.

Igual que si la casa estuviera deshabitada.

Pero no lo estaba. Por desgracia para la ahora aterrorizada localidad de Mellsbury. Con pasos cortos se acercó a esa puerta bajo la cual asomaba el rayo de luz y sujetó el pomo de la puerta con la mano izquierda. En la derecha seguía con la automática. De pronto giró el pomo y empujó la puerta hacia adelante.

Y sí, se encontró con lo que ya se esperaba. Ni más ni menos que con El Encapuchado Rojo.

Frente a frente. Como dos acérrimos enemigos que no van a perdonarse el menor descuido, que van a ser implacables el uno con el otro.

Pero Alex Morrison no pudo verle la cara...

Sin duda porque se encontraba preparado para un nuevo asalto. El Encapuchado Rojo se hallaba en esos momentos tal y como solía dejarse ver. Vestía de rojo de arriba abajo, con la capucha, asimismo roja, cubriéndole la cabeza.

Aquél era un dormitorio. Y un dormitorio de mujer, saltaba a la vista.

—No grite... No pida ayuda... —dijo Alex Morrison —. Mi pistola le está apuntando y mi índice, en el gatillo, puede ponerse nervioso si oye que se acerca alguien.

El Encapuchado Rojo se había visto sorprendido por la inesperada presencia de Alex Morrison. Pero no perdió la calma. Quizá no la había perdido en su vida.

Alex Morrison se acercó al jefe de la banda, decidido, de una vez por todas, a descubrir su personalidad.

Su curiosidad era más viva que nunca. Sobre todo desde que había oído decir que El Encapuchado Rojo era una mujer.

Casi no podía creerlo. Pero sí, ahora lo creía. Y no sólo eso, se daba cuenta al mirar aquel cuerpo de que en efecto correspondía a una mujer. A una mujer que añadía una doble suela a sus botas para aumentar su estatura y que se fajaba los senos para parecer lisa.

Su ademán fue rápido. Puesto que estaba decidido a hacerlo no valía la

pena andarse con miramientos ni circunloquios. Alargó la mano y arrancó de aquella cabeza la capucha roja...

—¡Geraldine! —la exclamación brotó incontenible de su boca.

* * *

Serena, imperturbable, allí estaba la señorita de compañía de la señora Baxterding. Allí estaba la guapa muchacha que conoció en una discoteca, que luego pasó la noche en su apartamento y que al día siguiente se mostró asustada y le pidió que la ayudara.

—¿Tú...? ¿Tú eres El Encapuchado Rojo...? —y el asombro, el estupor casi le habían privado del habla.

—Sí, soy yo —dijo Geraldine. Y añadió—: Lamento que lo hayas averiguado. Hubiera dado cualquier cosa por evitarlo.

—Pero, ¿cómo es posible? —Alex Morrison no terminaba de entender aquello—. Fuiste tú, precisamente tú quien me habló de lo que sucedía aquí, en Mellsbury... Fuiste tú quien me habló de ese sendero que se había cerrado a tus espaldas y de ese atajo que te había llevado inexorablemente hasta el lago... Y fuiste tú también quien me habló del señor Mason, a quien le habían amputado un brazo... Y de aquel otro hombre, colgado cabeza abajo... Y del otro, amarrado a un poste, con carbones encendidos cerca de sus pies...

—Cierta noche soñé —repuso Geraldine—exactamente lo que te expliqué a ti... Yo era una sencilla muchacha que se perdía en el bosque y que allí se sentía acorralada como en un maldito laberinto... Llegaba a un lago y al poco a la guarida de unos hombres desalmados... Sólo que —se rió Geraldine—al despertar me di cuenta de que el lago era éste, los hombres eran los míos, y el señor Mason, y los otros dos desgraciados, eran las víctimas que yo misma había condenado a aquel final...

—Te conocí en la discoteca. Estabas bebida... —Alex Morrison sacudía la cabeza, intentando desaturdirse.

—Me conociste en la discoteca, exacto —admitió ella —. Pero no tan exacto que estuviera bebida. Al ver que me mirabas, fingí que me tambaleaba en el taburete de la barra. Tuve la corazonada de que, si a tus ojos me mostraba sola y desvalida, tú acudirías a mi lado como un generoso héroe de película.

—Fingiste perfectamente —aceptó Alex Morrison, empezando a reaccionar—. Vaya, mi enhorabuena por delante. Hubieras servido para actriz.

No había reaccionado del todo, pero Alex Morrison no perdía, ni había perdido en ningún instante, la noción exacta de aquella situación. Peligrosa y arriesgada situación que en realidad no le permitía el menor descuido. De eso que su pistola siguiera alzada, apuntando a la muchacha.

Sinceramente, me hubiera gustado ser actriz —le confesó Geraldine—, Incluso lo intenté. Pero para abrirme camino tenía que acostarme con viejos que babeaban y la idea no me sedujo. Pensé que para hacer dinero tenía que haber forzosa- [mente otros medios más sencillos. Y me he demostrado a mí

misma que sí los había.

—¿Llamas medios más sencillos —barbotó Alex Morrison—a formar una banda como la tuya, y a torturar y a , asesinar... ?

—No soy buena, lo admito —dijo Geraldine—, Pero no lo soy con quienes me resultan indiferentes. No es tu caso, Alex... Por ti he sentido desde el primer momento una atracción irresistible. Creo ahora —sonrió—que te lo he demostrado cumplidamente esta misma noche, de eso no hace aún tantas horas...

Alex Morrison recordó que había ido a despedirse de la muchacha a su dormitorio y que ella, mostrándose asustada por lo que pudiera sucederle, le había rogado encarecidamente que no se fuera, que no se arriesgara. El insistió en irse, y entonces ella

le tendió los brazos al cuello y le ofreció hacer el amor. ¡Y pensar que la había creído sincera, fervorosamente enamorada de él! ¡Qué rematadamente estúpido había sido!

—No, no he fingido contigo —repuso la muchacha —. Si lo estás pensando te equivocas. Nunca en mi vida he sido más sincera que esta noche, a tu lado en la cama... Si no te amara —agregó—no te hubiera ofrecido mis caricias. Yo jamás he aceptado a hombre alguno hasta hoy, hasta tenerte a ti... Supongo que eso quiere decir algo, ¿no?

—No —respondió Alex Morrison —. Tratándose de ti ya nada puede querer decir nada bueno. Eres un ser cruel, perverso... ¡ Me avergüenzo de haber creído que te quería!

—¿Pretendes decirme que ya no sientes nada por mí? —inquirió ella—. ¡Oh, no! Yo sé que me amas.

—Aunque así fuera —replicó él—, ahora ya nada es igual. Entre tú y yo ha surgido un pavoroso abismo...

—No te engañes a ti mismo, cariño, y por favor, baja la pistola...

--No voy a fiarme de ti —dijo Alex Morrison, y la pistola, desoyendo su ruego, siguió apuntándola.

—Pareces olvidar que soy hermosa —murmuró Geraldine—, Pero, claro, con esta indumentaria... —y empezó a desvestirse.

Pronto el cuerpo de ella se mostró desnudo y tentador. Más tentador que nunca.

Pero Geraldine se puso encima una bata larga, de tela brillante. Se tapó. De momento tenían que seguir hablando.

Alex Morrison se había quedado con la vista clavada en aquellas formas túrgidas que en cualquier otro momento le hubieran hecho perder la cabeza. Se alegró cuando la bata cubrió aquella desnudez.

—Aquel jovencito al que encontramos en el bosque... —empezó a decir Alex Morrison, recordando el hecho.

—¿El que apareció ante nosotros crispando las manos en su estómago? —preguntó ella —. ¿El que acabó en el suelo agarrotado por el dolor y murió hecho un ovillo? ¡Vaya susto que me dio al decir que me reconocía...!

—Yo supuse —repuso Alex Morrison—que se había referido a cuando tú saliste de la barca y pisaste la isla. Creí que se había referido a lo que tú misma me habías contado...

—Tuve suerte de que muriera sin haber tenido tiempo de hablar. No entraba en mis planes ser desenmascarada tan pronto. Ahora, sin embargo, ya es diferente...

—No puedo comprender en qué sentido —observó él.

—Me has pertenecido, te he pertenecido... Juntos hemos vivido un rato inolvidable... —suavizando su expresión, Geraldine se atrevió a acercarse un poco a él—. Ahora nos une...

—Nada me une a ti, Geraldine —aclaró Alex Morrison —. En cuanto a ese rato inolvidable que vivimos, espero borrarlo pronto de mi recuerdo. Cuanto más pronto mejor.

—No voy a perderte tan fácilmente —aseguró ella—. Para mí significas mucho, lo significaste desde el primer momento. Por eso, en tu apartamento, fingí aquella pesadilla... Me habías dicho que eras detective, y di por descontado que no permanecerías insensible ante la intriga que yo te planteaba... En consecuencia, sabía que te ofrecerías a venir aquí, a Mellsbury, conmigo...

—Lo conseguiste.

—Conseguido ese objetivo, di ya por seguro que caerías bajo el poder de mis encantos.

—No te importó que mis sospechas, guiadas por las tuyas, se centraran en el mayordomo, en Herbert...

—No era más que un pobre presuntuoso,

—Qué ha tenido una muerte horrible, y a la vez inexplicable. Bueno, inexplicable para mí. No lo será para ti, claro está... Dime, ¿cómo pudo telefonear al secretario de la señora Baxterding diciéndole...?

—Uno de mis hombres tiene una voz muy parecida a la que tenía Herbert. Aproveché la circunstancia para hacer que el suspense adquiriera un tono aún más tenso... —¿Qué ganabas con eso?

—Divertirme —se limitó a decir ella.

—Te divierte el horror, el espanto, la muerte, ¿verdad?

—Procuraré cambiar si es tu gusto... —y de nuevo se acercó a Alex Morrison.

Pero a él le amoscó tanta proximidad y retrocedió precavidamente. Seguía apuntándola con la pistola.

—Quieta, Geraldine —dijo—. Ahora ya no te miro como a una mujer, sino como lo que eres, un monstruo... No te acerques, no me obligues a disparar.

—¿A qué has venido aquí? —preguntó ella—. ¿A atrapar a toda una .banda? Me parece que te supervaloras —y ¡e hizo saber—. Tengo doce hombres a mis órdenes. No escaparás de aquí a menos que yo te lo consienta...

-Opino de distinta forma —repuso Alex Morrison—. Por eso te digo que tú me acompañarás en mi viaje de regreso. Tus hombres se estarán quietecitos...

De lo contrario se quedarían sin jefe...

—No te imagino matándome.

—Te aconsejo que no hagas la prueba.

—Prefiero proponerte un plan... —y antes de que él se negara a escucharla. Geraldine dijo—: No volveré a las andadas. El Encapuchado Rojo dejará de existir. Y tú y yo, con todo el dinero que hayamos podido reunir, nos iremos muy lejos de aquí —y añadió—: Podríamos vivir en cualquier otro país, como reyes, como auténticos reyes.

—¿Me crees capaz de aceptar? —le asombraba que ella pudiera suponerlo así. —¿Qué ganarías no aceptando? —preguntó Geraldine—. ¿Acaso el gusto de delatarme a la policía? No, Alex, no te serviría de nada hacerlo. Compréndelo, yo sólo soy la señorita de compañía de la señora Baxterding... En cuanto a este lago, y a esta isla, huelga decir que, cuando la policía llegara aquí, sólo se encontraría con un lugar vacío, deshabitado... Te quedarías sin pruebas de ninguna clase. Lo mismo que si te hubieras inventado la historia. Acabarías haciendo el ridículo.

—Es posible —admitió Alex Morrison —. Como sea, no voy a aceptar tu plan. Guárdatelo para otro.

—No creo tener a otro a mi lado. Quiero tenerte a ti.

Alex Morrison la miró. La melena larga, rubia, le caía seductoramente por los hombros. Le relucían los ojos, oscuros, grandes, y los labios gruesos, entreabiertos, parecían solicitar un ardoroso e inacabable beso. El cuerpo, alto y espigado, pero de formas

definidas, sumamente sugestivas, se hacía tentador bajo la tela brillante de aquella bata larga.

Cerró los ojos por un instante.

Sólo por un instante porque tenía que seguir apuntándola con la pistola.

Era peligrosa.

No debía olvidarlo.

Pero sintió que el suelo se movía y cayó, sin poder evitarlo, por la trampilla que de pronto se había abierto a sus pies.

Fue a parar al sótano de la casa. Allí había tres hombres, que se abalanzaron sobre él, agarrándole, sujetándole férreamente.

Aprovecharon que la pistola se le había desprendido de la mano. Antes de que la recuperara, le sometieron.

Obstaculizados sus movimientos por aquellos tres hombres, y aún un poco aturdido por la caída, Alex Morrison dio la sensación de que iba a claudicar.

Simple apariencia.

Sólo buscaba que se descuidaran un instante.

Se descuidaron...

Y entonces, de súbito, agarró del brazo a uno de ellos y le hizo ir hacia él con fuerza, recibiéndole con un rodillazo entre las piernas que le obligó a ver todas las estrellas del cielo. Al otro, casi al mismo tiempo, le dio una patada fenomenal en el tobillo, dejándole sólo apto para usar una pierna. Al tercero le

propinó un puñetazo en el mentón, tan fuerte que retrocedió varios metros y fue a estrellarse contra la pared.

Dueño de la situación, aunque evidentemente sólo por unos momentos, Alex Morrison recuperó su pistola y se precipitó hacia la puerta de salida.

Se trataba de abandonar el sótano cuanto antes, y a ser posible, dejar encerrados allí a aquellos tres hombres. Al menos tendría tres menos a los que enfrentarse.

Pero ya alcanzaba la salida, cuando vio que en un extremo del sótano se hallaban Juliet y Gerry, aquellos dos jóvenes que fueron secuestrados durante la fiesta que ofrecía en su mansión la señora Baxterding.

—¡Huyamos juntos! —les apremió Alex Morrison.

Pero no iban a poder hacerlo. Acababa de darse cuenta, ambos estaban encadenados. Como si de una antigua mazmorra se tratara.

—Huya usted... —dijo Gerry, que había reconocido al mayordomo de la señora Baxterding—. No se preocupe por nosotros. Nuestros padres pagarán... Todo acabará bien... ¡Huya! ¡No pierda tiempo!

—¡Dese prisa! —le apremió Juliet a su vez, quien a continuación le previno—: ¡Cuidado, que le atacan...!

Le atacaba uno de aquellos tres hombres, el que había salido mejor librado de sus golpes. El que recibió un puñetazo en el mentón y fue a estrellarse contra la pared. Por lo visto no se había estrellado del todo.

Peor suerte parecían haber llevado los otros dos. El que recibió un golpe entre las piernas, debía haberse quedado lo suficientemente deteriorado como para no poder satisfacer en mucho tiempo a una mujer. El otro, a juzgar por sus ayes, debía tener fracturado el tobillo. De una buena escayola no iba a escaparse.

—¡Cuidado! —repitió Juliet.

Alex Morrison se había vuelto a tiempo, pero su atacante acababa de inmovilizarle el brazo armado.

Forcejearon de lo lindo y acabaron revolcándose por el suelo. Hasta que Alex Morrison manipuló la pistola. No disparándola, sino dándole con todas sus fuerzas con el arma en la mandíbula. Se la partió. Acababa de dejarle definitivamente fuera de combate. —Váyase antes de que los demás se lo impidan —dijo Gerry.

—Por nosotros no puede hacer nada —añadió Juliet.

Comprendió que tenían razón y que debía escaparse de allí lo más rápidamente posible. No debía olvidar que El Encapuchado Rojo tenía a sus órdenes a una docena de hombres. Estarían ya sobre aviso. De un momento a otro los tendría persiguiéndole, queriendo darle caza.

Así que, con la pistola en la mano, Alex Morrison se precipitó hacia la puerta, y la abrió. Vio que, afortunadamente, aun tenía franca la salida.

Ya fuera, echó a correr hacia la puerta de hierro de la tapia. Antes había quedado simplemente entornada. Si seguía así, aún quizá pudiera huir con facilidad. Por lo menos lo intentaría.

Llegó junto a la puerta de hierro. En efecto, estaba simplemente entornada.

Acababa de abrirla y de cruzar su umbral, cuando ya a sus espaldas oyó las voces. —¡Por ahí va...!

—¡Aprisa, hay que impedir que escape...!

—¡Dispara...!

Sonaron un par de disparos, que no le alcanzaron. La oscuridad le había favorecido. Instantes después, Alex Morrison llegaba al lago, lanzándose al agua.

Sabía bucear, y era capaz de permanecer bastante rato bajo el agua. Aprovechó la circunstancia para desaparecer de la superficie. Cuando asomó la cabeza estaba ya a muchos metros de distancia.

Cogió aire y volvió a sumergirse. De nuevo se alejó mucho.

Los hombres de El Encapuchado Rojo no acertaron a localizarle. Le habían perdido de vista. Iban a la deriva.

Pocos minutos después, Alex Morrison llegaba a la otra orilla.

Ya fuera del agua, se internó en el bosque con rapidez. Los hombres de El Encapuchado Rojo seguían al otro lado.

Había conseguido huir.

CAPITULO VIII

La señora Baxterding dejó de hojear el periódico de la mañana, al que por cierto no había prestado excesiva atención, y buscó con la mirada a su nieto.

—Michael...

—Dime, abuela.

—No me gusta tu manera de ser —se había decidido a hablarle con sinceridad —. Siempre esperas que te lo den todo hecho. Nunca tomas la iniciativa en nada.

—¿A qué viene esto, abuela? —se había sorprendido de aquellas palabras.

Estaba acostumbrado a que su abuela le tratara dulcemente, siempre disculpándole cuando pudiera hacer mal. Lo mismo que si fuera un chiquillo indefenso que en todo momento necesitara ayuda y comprensión.

—Si Geraldine te gusta, si deseas casarte con ella, ¿por qué no procedes en consecuencias? A esto viene mi repulsa, me desespera verte tan indeciso, tan apocado...

—Me declaré a ella, ya te lo dije —repuso Michael con tono de quien se disculpa—. Y su respuesta fue...

—Que estaba interesada por Herbert, por el mayordomo —la dama le había interrumpido—. Pero Herbert ha muerto, ¿no? Ya no te estorba. Pareces no haberte dado cuenta.

—Geraldine está ahora enamorada del nuevo mayordomo. Por lo que veo —dedujo Michael—los mayordomos de esta casa la tienen tomada conmigo.

—¿Pero no comprendes que tú eres mi nieto —la señora Baxterding estaba perdiendo la paciencia—, el heredero de toda mi fortuna? Un mayordomo no es nadie a tu lado...

—Es la clase de hombre que gusta a las mujeres, todo lo contrario de lo que soy yo —se quejó.

—He hecho que Geraldine cambie su día libre, para que no coincida con el de él... Ahora te toca a ti declararle tus sentimientos, recordarle que a tu lado le esperará una vida de lujos, de comodidades... Ahora te toca jurarle que satisfarás todos sus caprichos, que la amarás siempre... ¡Sé persuasivo! O de lo contrario —la dama cambió de tono—deja de una vez de pensar en ella.

—Eso no —dijo Michael—, No podría dejar de pensar en ella ni aunque me lo propusiera. La quiero de veras. Nunca habrá para mí otra mujer.

—Entonces, no te la dejes escapar. Lucha por lo que deseas, lucha enconadamente. Aunque hasta hoy no lo has hecho...

—No, nunca —convino—. No estoy acostumbrado a hacerlo.

Oyeron que Geraldine se acercaba y dejaron de hablar.

Instantes después, la muchacha se adentraba en la estancia, en la salita.

—Buenos días, señora —saludó. Y mirando a Michael—, Buenos días...

—¿Has descansado bien con el sedante que te di? —se interesó la señora Baxterding.

—He dormido —contestó Geraldine—, pero he debido hacerlo

inquietamente porque me he despertado con dolor de cabeza. Por eso me he levantado un poco más tarde. Le ruego que me disculpe.

—No tienes que disculparte por eso, Geraldine —la dama le sonrió—. Puedes actuar siempre a tu entera comodidad. Ya sabes que yo quiero que te sientas en esta casa como en la tuya propia.

—Gracias, señora —le agradeció —Yo también quiero lo mismo... —añadió Michael haciendo un esfuerzo.

—Gracias —volvió a decir Geraldine.

—A propósito —dijo la dama—, tengo escritas un par de cartas y me gustaría que salieran cuanto antes.

Y preguntó por el mayordomo de la casa. Preguntó, pues, por Alex Morrison, el nuevo y de momento definitivo mayordomo puesto que el otro había muerto.

—Creo que hoy es su día libre... —le recordó Michael.

—Precisamente por eso —manifestó la señora Baxterding—. Se las entregaré antes de que salga.

—Voy a decírselo... Y Michael abandonó la estancia.

Al poco entraba Alex Morrison. Alto, atlético, con una admirable desenvoltura y naturalidad. Al verle nadie hubiera dicho que pocas horas antes, aquella misma noche pasada, se había estado jugando la vida. Parecía en verdad que nada había pasado.

—Me echará estas cartas al correo —la señora Baxterding se las entregó —. Deseo que lleguen cuanto antes a su destinatario.

—De acuerdo, señora —no había mirado aún a Geraldine.

Ella intervino, queriendo por lo visto hacer notar su presencia:

—¿Querrá echar otra carta mía? He escrito a una amiga y como hoy me quedo con la señora...

—Si no te sabe mal cambiar tu día libre —dijo la señora Baxterding—, De contrariarte, dímelo y...

—No me sabe mal, señora —respondió la muchacha—. ¡No faltaría más! Yo estoy aquí para servirla y atenderla como mejor guste usted mandar.

Alex Morrison había alzado la mirada, clavándola en la muchacha. Quien, por lo que pudo ver, disimulaba a la perfección su otra personalidad.

Pensó que ella debería estar esperando que él la delatara. Pensó, pues, que no hacerlo así sería un modo efectivo de desconcertarla.

—Echaré también su carta —se limitó a decir.

Se expresó con indiferencia. Como si no se hubieran acostado juntos y como si todo lo sucedido en la isla hubiera sido un simple sueño o una vulgar pesadilla. Como si todo aquello fuera, en conclusión, algo en lo que no valía la pena seguir pensando.

La muchacha acusó su reacción, demostrando desconcierto. Incluso parpadeó. No se esperaba, evidentemente, que Alex Morrison procediera de aquella forma. Quedó con el rostro muy pálido.

—Si no desea más de mí, señora...

—Nada más —respondió la señora de Baxterding—. Puede retirarse.

—Que pase un buen día —le deseó el secretario de la dama, que en aquel momento entraba en la estancia.

Robert Schaal reparó al acto en lo pálido que estaba el rostro de Geraldine.

—¿Le pasa algo?

Alex Morrison oyó, ya desde la puerta, como la muchacha le decía que no le pasaba nada, simplemente que seguía doliéndole la cabeza.

* * *

Geraldine le había dicho que había crecido en un orfanato. Lo recordaba perfectamente.

Podía ser cierto, o podía tratarse de una mentira más. Todo cabía. Todo era factible. De todos modos, debía averiguar si aquél podía ser, o no, un buen punto de partida, de referencia.

Lo cierto es que Alex Morrison se había propuesto indagar respecto a Geraldine.

Por lo tanto, lo primero que hizo fue buscar en un listín telefónico la relación de los orfanatos que había en la ciudad. Sabidos cuáles eran éstos, acudió al que se hallaba situado más cerca del lugar donde él se hallaba en aquellos momentos.

Le dijeron que lo lamentaban, pero que allí, en aquel centro, no había sido nunca admitida la niña por la que él se interesaba.

En el segundo lugar al que se dirigió, todo cambió. Afortunadamente. puesto que él necesitaba saber qué es lo que realmente había sido del pasado y de la infancia de Geraldine.

—Si Geraldine ha sido una de las niñas educadas por nosotras —fue la respuesta de la madre superiora —. Con todo cariño y celo, puedo asegurárselo. A propósito, ¿es usted, acaso, algún familiar?

—No, pero desearía saber de ella —contestó Alex Morrison.

—Ignoro su actual dirección —le hizo saber la madre superiora—. Hágase cargo, la niña por la que usted pregunta es ya una mujer. A los dieciocho años salió de aquí. A esa edad suelen emprender solas el vuelo por la vida.

—Pero usted quizá sepa el nombre y la dirección de algún familiar de ella, o amigo, o simplemente conocido...

—Geraldine, que era una niña buena y encantadora, por la que yo sentía una especial predilección, no tenía familiar ninguno —le informó seguidamente la madre superiora—. Sólo venía a verla de vez en cuando que había sido amiga de su madre.

—¿Podría facilitarme su dirección? Se lo agradecería muchísimo.

—No tengo inconveniente en ello.

Aquella dirección resultó ser un tercer piso al que se llegaba tras subir una escalera estrecha, sucia, de peldaños muy altos. Olía a legumbres cocidas.

Salió a abrirle una mujer ya mayor, con un delantal a rayas en el que se frotaba las manos mojadas. Debía haberla cogido fregando los platos de la

noche antes o trajinando con la comida de aquel día.

—¿La señora Britt? —preguntó Alex Morrison.

—Sí. ¿Qué quiere?

—Necesito hablar con usted.

—¿De qué? —y antes de que él respondiera—. No será usted de la policía, ¿eh? No quiero más jaleos por culpa del borracho de mi marido.

—Venía a hablarle de Geraldine.

—¿De Geraldine? —se le abrieron los ojos—. ¿Acaso le sucede algo malo a esa criatura?

—Se encuentra bien, no se preocupe —la tranquilizó.

—¿Entonces...? —no acabo de entender.

—Venía a preguntarle por sus padres, por su pasado, por todo lo que usted pueda decirme... —había sacado la cartera y de ésta un billete, poniéndoselo en las manos.

Los ojos de la señora Britt se abrieron aún más.

—Estoy a su disposición —dijo—. Claro que sí. Pero lo esconderé —se refería al billete—. Si mi marido lo viera me lo quitaría y se emborracharía de nuevo.

—Comprendo.

—Pase usted...

Le introdujo en una vivienda lamentable, en uno de cuyos dormitorios un hombre viejo dormía una más que mediana borrachera. Lo que no le impidió percatarse de que alguien había entrado, preguntando quién era. Pero la borrachera era fuerte y cayó nuevamente dormido.

—Siéntese —le dijo la señora Britt, y cerró la puerta de aquel dormitorio.

Alex Morrison ocupó una de las cuatro sillas situadas alrededor de la mesa del comedor, sobre la cual habían aún platos y tazas, sin duda del desayuno.

—Dígame para empezar quiénes fueron sus padres...

—Su madre fue mi mejor amiga —le dijo la señora Britt—. La pobre no tuvo nunca suerte... Pertenecía a una buena familia, ¿sabe?, pero se enamoró de un hombre sencillo, se casó con él, y su padre, que se había negado a esa unión, la desheredó. Ella lamentó mucho el rompimiento, pero estaba muy enamorada y... Bueno, la verdad es que la dicha le duró muy poco. Su marido, mi amiga, que estaba embarazada de seis meses, pensó en recurrir a su padre. Estaba segura de que no iba a dejarla sola en aquellas dramáticas circunstancias. Pero cuando acudió a la casa de su padre, se encontró con que estaban sacando un ataúd de allí. Resultó que su padre había muerto el día antes de una trombosis coronaria.

Se detuvo de nuevo.

Luego continuó:

—Mi amiga vendió algunas pulseras de oro que tenía y con ese dinero consiguió llegar decorosamente hasta el momento de dar a luz. Tuvo dos hijas preciosas.

—¿Qué ha dicho...? —lo lógico hubiera sido que Alex Morrison diera un

respingo.

Pero la verdad es que no lo dio.

—Repítame eso, por favor...

—Tuvo dos hijas preciosas —volvió a decir la señora Britt—, a quienes se les impuso los hombre de Geraldine y Angela. Pero mi amiga, pocos meses después, empezó a sentirse mal y tuvo que acudir a un doctor. Entonces se enteró de que tenía una enfermedad incurable y de que moriría antes de un año. Fue entonces cuando me cedió legalmente a sus hijas, rogándome encarecidamente que no las desamparase nunca. Yo le prometí hacerlo.

—Prosiga... —ante la nueva interrupción de la señora Britt, Alex Morrison se limitó a pronunciar esta última palabra.

—Desgraciadamente —continuó diciendo la mujer—, yo no pude cumplir mi promesa.

Dios sabe cuánto me hubiera gustado poder hacerlo, pero mi marido se negó a aceptar como suyas a esas niñas. De momento me dijo que sí, que de acuerdo, pero conforme se aficionaba a la bebida le fue desagradando la idea. A pesar de que nosotros no habíamos tenido hijos... Finalmente me dijo que me las arreglara como quisiera, pero que quería perderlas de vista.

—Siga.

—Un acaudalado matrimonio se interesó por las niñas, que por aquel entonces tendrían ya unos tres años. Pero a la hora de decidir se optaron por Angela, sólo por ella. Yo les dije que eso no podía ser, que se trataba de hermanas gemelas y que debían adoptar a las dos. No, no sirvió de nada insistir. Me hicieron saber que o se llevaban sólo a Angela o a ninguna. Hágase usted cargo, se trataba de un matrimonio con mucho, con muchísimo dinero. Negarme a lo que ellos querían, era negar a Angela de un futuro lleno de privilegios. Finalmente accedí...

—Y Geraldine, la otra niña, acabó en el orfanato —intercaló Alex Morrison—, ¿no es eso?

—Como mi marido seguía negándose rotundamente a que nos la quedáramos, no me tocó otro remedio que llevarla allí. Pero no les dije que tenía una hermana gemela... —agregó la señora Britt—. Omití el pormenor. Pude hacerlo y lo hice.

—¿Con alguna intención? —preguntó Alex Morrison.

—Cuando pasaran los años, le diría a la pobrecita Geraldine que no debía preocuparse por su porvenir «ya que tenía una hermana... Así que Geraldine fuera bien de dinero, sin duda me recompensaría convenientemente. Esta era mi intención, lo confieso —la señora Britt no había ocultado sus intenciones.

—Pero esto no es todo, ¿verdad? —Alex Morrison estaba seguro de que la historia no había aún concluido.

—No. no es todo. Los hechos se torcieron, se desarrollaron del modo más inesperado... Verá usted, en cierta ocasión me decidí a visitar a aquel matrimonio que había adoptado a Angela y le pedí que me permitieran ver a la niña. Me respondieron que eso era imposible y seguidamente me dijeron lo

que había pasado. La respuesta, me heló la sangre en las venas.

—¿Qué respuesta fue ésa?

—Jugando en un columpio, en el jardín de la casa, Angela se había caído y se había dado un fuerte golpe en la cabeza. Un golpe seco, duro, que no sangró, y que al principio pareció que iba a carecer de importancia. Pero había tenido trágicas consecuencias...

—Dígame cuáles.

—La niña había perdido la razón. Así, tal como suena. Y reconocida por múltiples doctores, habían llegado unánimemente a la conclusión de que su caso era irreversible. El golpe le había dañado la masa encefálica y los nervios craneales... En fin, había que internarla en un manicomio. No cabía esperar que se recuperara.

—¿Y...?

—Fue internada en el sanatorio psiquiátrico de San Lorenzo. Desde entonces sigue allí. —¿No ha ido usted a verla alguna vez?

—Al principio sí. Pero me daba tanta pena encontrarla en aquel estado tan lamentable, que poco a poco fui distanciando mis visitas. Hace ya dos años que no la he visto.

—¿Y respecto a Geraldine?

—No le dije nunca que tenía una hermana gemela. ¿Para qué decírselo si no iba a servir más que para aumentar su pena, su dolor? ¡Oh. no valía la pena! Y en fin, señor, esto es todo. Espero haberme ganado el billete...

—Sí, desde luego —asintió Alex Morrison, y seguidamente se levantó de la silla.

—Quedo a su disposición, señor.

—Gracias.

Salió del piso y bajó rápidamente la estrecha y sucia escalera de altos peldaños. Seguía el olor a legumbres cocidas.

Ya en la calle, a grandes zancadas se dirigió hacia donde vio alineados unos taxis.

Subió a uno de ellos.

—Al sanatorio psiquiátrico de San Lorenzo —dijo al chófer.

* * *

Ante su insistencia fue introducido en el despacho del director.

Este habia de presentarse poco después. Se trataba de un hombre de cabello blanco, amable, cordial.

Alex Morrison le dijo que era detective y que iba en busca de cierta información, de vital importancia para él. Acto seguido le puso al corriente de quién era la persona por la que se interesaba.

—¿Sigue aquí...? —preguntó.

Estaba convencido, desde luego, de que la respuesta iba a ser negativa.

—No —la respuesta del director no se había hecho esperar.

—¿Quiere eso decir que se ha curado...? —preguntó de nuevo.

—De ciertos trastornos mentales no cabe esperar una total y absoluta curación. Lamentablemente es así.

—Pero si no sigue aquí... —apuntó.

—Significa que ha mejorado considerablemente y que hemos querido ofrecerle una oportunidad.

—Supongo que antes de salir de aquí le habrán ustedes buscado un trabajo acorde a sus posibilidades, que le permita subsistir...

—Solemos pensar en ello, por descontado que sí. Pero en el caso concreto de Angela no ha hecho falta detenerse en esos requisitos. Una de nuestras más generosas y nobles benefactoras se ha ofrecido a encargarse personalmente de ella. La muchacha ha tenido mucha suerte.

—Angela estará encantada, ¿no es eso?

—Encantada, ciertamente, aunque no extrañada. Desde que la dama la conoció en una de sus periódicas visitas a esta casa y demostró tan especial atención por ella, Angela parecía esperar algo, algo bueno que la liberara de seguir encerrada aquí.

—Respecto a esa generosa y noble benefactora, ¿qué puede usted decirme? ¿La conoce hace mucho tiempo? —quiso saber Alex Morrison.

—Es una excelente persona. Sí, desde luego, la conozco hace muchos años.

—¿Sería pedirle demasiado que me diera su nombre?

El director de aquel sanatorio psiquiátrico no tuvo el menor inconveniente en dárselo.

—La señora Baxterding.

Alex Morrison tampoco respingó ahora.

Por lo visto estaba acostumbrado a las sorpresas. Estas no le inmutaban. ¿O acaso su imaginación había ido más allá de lo previsible y no había habido en realidad tal sorpresa... ?

Bueno, lo cierto es que ahora ya sabía exactamente lo que tenía que hacer.

CAPITULO IX

Alex Morrison regresó a la mansión de Baxterding.

Fue directamente en busca de la dueña de la casa, a quien encontró en la salita con su secretario, Robert Schaal, y con Michael, su único y muy querido nieto. Los tres conversaban sobre los últimos acontecimientos acaecidos, a los cuales, según habia dicho el inspector Taylor, había que encontrar remedio en breve plazo. De lo contrario la situación acabaría haciéndose insostenible.

—Señora... —empezó a decir Alex Morrison.

—Ha entrado sin permiso —le reprochó Robert Schaal—, Debiera saber que a la señora no le gusta que...

—Déjelo, no tiene importancia —dijo la señora Baxterding.

—¡Si supieran! —exclamó Alex Morrison —. Mi sorpresa ha sido enorme.

—¿A qué se refiere? —preguntó la dueña de la casa.

—Díganos... —Robert Schaal le animó a proseguir.

—Verás ustedes... —y tras este inicio, Alex Morrison les explicó—. Conocí a Geraldine en la ciudad, en una discoteca... Pero, ¿dónde está ahora Geraldine? Ella no debe oírme. —Está acostadA —le comunicó la dama—, sigue doliéndole la cabeza. No se preocupe, no puede oírle. Pero, ¿qué pasa...?

—La conocí en una discoteca —volvió a decir Alex Morrison—y ella me pidió ayuda. Consideró que yo podía serle de gran utilidad, o por lo menos yo lo supuse así.

—¿A santo de qué ella tenía que necesitar su ayuda? —preguntó Michael.

—Es difícil de imaginar —añadió Robert Schaal.

—Geraldine acababa de vivir una enloquecedora situación —les hizo saber —. Bueno, así me lo dijo ella... Yo la creí, confieso sinceramente que la creí. A una chica guapa se le cree con facilidad...

—¿A qué situación se refiere? —había hablado de nuevo la señora Baxterding—. La ha calificado de enloquecedora... Que yo sepa, a Geraldine no le ha pasado nada desagradable. De ser así me lo hubiera dicho.

Alex Morrison les explicó lo sucedido días atrás, cuando Geraldine y él se conocieron en la discoteca. Les explicó asimismo todo lo demás.

—¿Geraldine le explicó todo eso...? —la señora Baxterding enarcó las cejas—. Que un sendero se cortó a sus espaldas, que por un atajo llegó a un lago, que allí había una pequeña isla... —se detuvo.

—¿Y pasó la noche en su apartamento? —inquirió Michael con gesto agrio.

—Sí, Geraldine me explicó todo eso —asintió Alex Morrison—, Sí, pasó la noche en mí apartamento. Pero lo malo es —agregó—que me mintió. Bueno, creo que me mintió...

—Cuéntenos —la señora Baxterding quiso que prosiguiera.

—Entré aquí, en esta casa, para estar cerca de ella y poder defenderla si se presentaba la ocasión —habló de nuevo Alex Morrison—, Con esto quiero indicar, claro está, que mi confianza en Geraldine era absoluta. Por eso,

porque la había creído, ayer noche decidí ir en busca de la verdad... Y salí de aquí, y ya en las afueras de Mellsbury me interné en el bosque, buscando aquel sendero, aquel atajo, y el lago y su pequeña isla, guarida de esa banda desalmada... Sabía que allí me encontraría con El Encapuchado Rojo...

—¿Y qué sucedió? —preguntó Michael con el alma en vilo—. ¿Se encontró con...?

—Sí, quedando de una pieza al ver de quién se trataba. Vale más que lo diga de una vez... ¡Geraldine y El Encapuchado Rojo son una misma persona! Bueno, no estoy del todo seguro de ello, pero bien podría ser...

—¿Qué disparates nos cuenta? —se indignó Michael —. ¿Cree acaso que nos vamos a tragar un cuento tan malo?

—¿A qué viene semejante absurdo? —la señora Baxterding mostraba una inusitada perplejidad.

—Primero dice que El Encapuchado Rojo y Geraldine son una misma persona —repuso Robert Schaal—, Después nos dice que no está del todo seguro de ello, pero que bien podría ser... Oiga, me parece que está intentando tomarnos el pelo...

—Conseguí escapar de allí, de la isla —siguió diciendo Alex Morrison —y regresé aquí, a esta casa, a mi dormitorio, y hoy al despertar todo me ha parecido un mero producto de mi imaginación.

—¿Y está seguro de que no lo es? —Michael no acertaba a hacerse cargo de todo lo que estaba oyendo.

—Segurísimo —dijo Alex Morrison—. Tanto es así, que se me ha ocurrido, aprovechando que era mi día libre, investigar...

—¿En qué sentido? —quiso saber Michael.

—¿De qué modo? —preguntó la señora Baxterding.

—Investigar, ¿qué...? —inquirió a su vez el secretario de la dama.

—No me bastaba con haber encontrado a Geraldine en la isla. No me bastaba saber que ella era El Encapuchado Rojo. Presentía que había más que averiguar...

—¿Más...? —Robert Schaal, de súbito, se había puesto demudado.

—¿Más...? —la misma palabra pronunció la señora Baxterding, enarcando una ceja.

—Sabía que Geraldine había crecido en un orfanato, ella misma me lo había dicho —continuó diciendo Alex Morrison—. Podía no ser cierto, claro, pero pensé que debía probar suerte. Y sí, fue una buena idea dirigirme a ese orfanato y preguntar por ella... —¿De qué se ha enterado? —acababa de vacilar, por primera vez, la voz de la señora Baxterding.

—He podido localizar a una amiga de su madre. Ella me lo ha explicado todo...

¿Qué es todo? —preguntó ahora Michael.

—Geraldine tiene una hermana gemela. Así pues, cabe que El Encapuchado Rojo sea su hermana...

—¿No ha intentado localizar a la hermana gemela de Geraldine? —volvió

a vacilar la voz de la señora Baxterding.

—Me he enterado de que de niña perdió la razón y fue internada en un sanatorio psiquiátrico. En el cual ya no estará, deduzco, si ella es en realidad El Encapuchado Rojo... Hubiera podido ir allí a preguntar —añadió Alex Morrison—, pero hubiera perdido demasiado tiempo y he optado por venir directamente a contarles a ustedes lo que he averiguado.

—Entonces, ¿no ha sido al sanatorio psiquiátrico? —la señora Baxterding respingó más tranquila después de unos instantes en que el aliento se le habla entrecortado.

—No, no he ido... —mintió.

—¡Adónde debemos ir es a informar al inspector Taylor! —exclamó Robert Schaal—. ¡Y ahora mismo, antes de que podamos lamentar nuestra demora! ¿No le parece a usted, señora .. ?

—Resulta una historia desconcertante —repuso Michael—, Tan desconcertante que yo no termino de creérmela.

—Pues créala —dijo Alex Morrison—yo no he inventado nada. Son dos hermanas gemelas y una de ellas es El Encapuchado Rojo.

—Cogeremos el coche e iremos directamente a la comisaria —repuso Robert Schaal —.

Usted vendrá con nosotros —miró a Alex Morrison—, así podrá informar directamente al inspector Taylor. ¿Desea usted acompañarnos, señora...? —ahora se había dirigido a la señora Baxterding.

—Sí, iremos todos juntos —repuso la dama. Pero miró a su nieto y agregó —: Bueno, tú no hace falta que vengas.

—Lo prefiero —dijo Michael —. Todo esto me ha puesto muy nervioso. Aunque tampoco resulta agradable saber que Geraldine puede bajar de su habitación... Siempre la he encontrado agradable, pero si es cierto lo que usted ha dicho, que puede ser..., ser... —se atragantó.

—Volveremos en seguida —repuso la señora Baxterding—, Tú mientras no hables de todo esto con nadie. ¿De acuerdo? —Sí, abuela.

* * *

Iban en el coche. Robert Schaal al volante y la señora Baxterding y Alex Morrison en los asientos de atrás.

Acababan de coger la carretera que salía de Mellsbury.

—Hemos pasado de largo —dijo Alex Morrison.

—Y esto significa —respondió la señora Baxterding, sacando una pistola de su monedero y apuntándole—que ha investigado más de la cuenta.

De las pupilas de la dama surgía toda su hasta entonces oculta maldad.

—Es lo peor que podía hacer —repuso Robert Schaal, mirándole a través del espejo retrovisor—, y va a lamentarlo.

—Ha complicado lamentablemente las cosas —añadió la señora Baxterding.

—Esta pistola acaba de abrirme los ojos... —manifestó Alex Morrison tras una pausa—. ¡Oh, no sé cómo no lo he comprendido antes! Sí, claro, todo lo ha tramado usted, señora Baxterding...

—Ciertamente —reconoció ella —. Todo lo he tramado yo. Me ha interesado hacerlo y lo he hecho.

—¿Con qué propósito? —preguntó.

—Es usted muy curioso... —ironizó la dama.

—Si voy a lamentar el haberlo sido, lo cual viene inequívocamente a significar que va a usted a matarme, ¿por qué no ha de satisfacer mi curiosidad...?

—A la señora Baxterding no le gusta hablar inútilmente —intercaló Robert Schaal, que dicho esto aceleró la velocidad de su coche.

—Voy a matarle sin más contemplaciones. Ahora mismo... —y el dedo que estaba junto a! gatillo se dispuso a moverse.

—Yo de usted me lo pensaría un poco más —le cortó Alex Morrison, imperturbable—. Si me dispara, saldrá sangre de mis heridas y le mancharé el tapizado del coche... Mala cosa si el inspector Taylor le da por echar una ojeada, ¿no cree?

—Será mejor dejarlo para dentro de unos momentos —aconsejó Robert Schaal.

—Sí, desde luego —dijo ella—. Me iba a precipitar de un modo tonto e innecesario.

—Mientras no lleguemos a su cuartel general, ¿por qué no satisface mi curiosidad? —insistió Alex Morrison. Pero viendo que la dama no se mostraba propensa a dialogar, se decidió a hablar él—. Bueno, ahora ya lo veo todo muy claro...

—¿De veras?

—Sí —afirmó él—. Usted es la persona que manda esa banda de desalmados... A los cuales les ha colocado un jefe, que en verdad no es más que uno de ellos... Cualquiera de ellos, depende de la ocasión... Pero vistiéndolo de rojo y cubriéndole el rostro con una capucha asimismo roja, le ha dado una acusada personalidad... Añadiendo a esto que el elegido es siempre alto, muy alto, su personalidad se ha hecho aún más definida...

—No voy a decirle que no —repuso la dama con un brillo desbordado de maldad en sus ojos—. Sería estúpido que me tomara la molestia de mentirle puesto que va a morir de todos modos.

—¿Por qué ha formado esa banda? —Alex Morrison pareció preguntárselo a sí mismo. Pero debía saberlo de sobras porque en seguida añadió—: Bueno, eso es sencillo de imaginar. Puesto que raptan y piden rescate, el móvil es el dinero... ¡Pero si usted es una dama tan rica! No, no lo es... Por lo menos no lo era hará cosa de un año... Fue entonces, al verse al borde de la ruina, cuando se le ocurrió la idea, ¿verdad? Una feliz idea para usted, lamentable y funesta para los habitantes de Mellsbury...

La señora Baxterding no dijo nada cuando el joven detective se detuvo.

Este prosiguió luego de unos segundos:

—¿Por qué tomó esa horrible y drástica decisión? Tampoco me resulta difícil deducirlo. Porque usted quiere que a su nieto nunca la falte nada. Deseo o capricho que tenga, capricho o deseo que quiere que se vea realizado. Y eso, sin dinero, no es fácil de lograr... Si usted no hubiera tenido por su nieto un cariño tan obsesivo, yo diría tan enfermizo... —añadió el detective—, todo hubiera resultado mucho más sencillo.

—De acuerdo —dijo la señora Baxterding—. Tampoco ahora tengo nada que objetar,

—Y llegamos a la segunda parte... —indicó Alex Morrison—, usted coge como señorita de compañía a Geraldine y su nieto se enamora de ella. Como sea que ella no le corresponde y se muestra interesada por Herbert, por el mayordomo, usted se propone desprestigiarle... ¡Y qué mejor manera de desprestigiar a Herbert que hacerlo pasar, ante los ojos de Geraldine, por El Encapuchado Rojo...?

—Nos estaba diciendo hace unos instantes —intervino Robert Schaal y seguía mirándole a través del- espejo retrovisor, mientras el coche había ya cogido un camino vecinal—que Geraldine y El Encapuchado Rojo son una misma persona... Ella o su hermana gemela...

—También he dicho —detalló Alex Morrison—que El Encapuchado Rojo puede ser cualquiera, según convenga... Pues bien, prosigo... Usted organizó un plan, señora Baxterding. Sabía que a la muchacha le gustaba salir a pasear por el bosque y que no podía costarle demasiado hacerle llegar al atajo y de allí hacerle llegar asimismo hasta el lago, etc. etc... Para eso bastaba que, con ramas y arbustos cortados de antemano, la hicieran creer que aquello era algo muy parecido a una pesadilla... Ya en la isla, el señor Mason le diría que el culpable era Herbert, o empezaría a decírselo como en realidad sucedió. Sus hombres se encargarían de que el interesado lo creyera así, para que así a su vez lo dijera... Después, cuando la muchacha se desmayó, la sacaron de la isla y la llevaron de nuevo al bosque, como si nada hubiera sucedido. Pero ella ya no querría saber nada de Herbert, le tendría miedo...

—Le consideraba poco sagaz —dijo la señora Baxterding, y seguía apuntándole con la pistola—. Rectificó.

—Gracias —Alex Morrison seguía imperturbable. Y continuó diciendo —: Pero aparecí yo y el asunto volvió a complicarse para su nieto. Geraldine no iba aún a mirarle con buenos ojos, porque los había puesto en mí... ¿Qué se le ocurrió entonces? Que fuera yo quien optara por apartarme de ella... Y de nuevo tuvo la misma idea, pero al revés... Que yo creyera que El Encapuchado Rojo era ella... ¿Sabe una cosa, señora Baxterding, tiene usted una mente muy retorcida y sinuosa...

Esta vez la aludida no dijo nada.

Alex Morrison continuó:

—Usted ya sabía, finalmente lo había averiguado, que yo era detective, pero debió considerar que despedirme no era aconsejable, como tampoco

debió considerar aconsejable eliminarme por las buenas. Mi muerte hubiera hecho tal vez recelar demasiado al inspector Taylor... Podría resultar contraproducente... En fin, que sus deducciones le hicieron pensar y llegar a la conclusión de que, si yo creía que Geraldine era El Encapuchado Rojo, todo acabaría sentimentalmente entre nosotros... Tanto si usted reaccionaba de una forma como de otra, el camino quedaría expedito para su nieto...

—Está atando muchos cabos —la señora Baxterding habló entre dientes, cada vez más pérfidamente expresivo el brillo de sus ojos.

—Sabía que yo era detective y que antes y después buscaría la guarida de esa banda. Pero para picar mi amor propio, para espolear mi profesionalidad, se les ocurrió lo de esa llamada telefónica... Me refiero a la falsa llamada de Herbert, diciendo que le estaban ahorcando... Cuando ya debía estar muerto... En fin, abreviando... Yo llegué a la isla y creí sorprender a El Encapuchado Rojo... Creí sorprender a Geraldine... Pero lo creí al principio, sólo al principio... Luego he sabido que tenía una hermana gemela y que fue ella, la hermana gemela, a quien yo encontré allí... Por descontado, todo aquello estaba preparado por usted, incluso mi huida... Una huida demasiado fácil...

Se interrumpió.

Pero estaba dispuesto a decirlo todo.

—Angela, se llama así la hermana de Geraldine, ¿no es eso?, hizo bien su representación... Usted debió aleccionarla debidamente y ella la obedeció en todo. Aunque no comprendiera exactamente lo que hacía ni por qué lo hacía, ¿cómo no iba a obedecerla si gracias a usted había podido dejar el sanatorio psiquiátrico de San Lorenzo?

—¡Cómo...! ¿sabe usted que...? —la dama tembló—. Había dicho que no fue allí a preguntar...

—Pues fui. Y me enteré, por su director, que Angela había permanecido allí hasta hacía poco, hasta que usted, la señora Baxterding, generosamente, desinteresadamente, se ofreció a llevársela y a hacerse cargo de ella. Claro, usted debió ver que era idéntica a su señorita de compañía y le pareció perfecta la idea de sacarla de allí y de hacerla pasar por ella.

—No ha perdido el tiempo.

—No. Y ahora ya no me importa poner las cartas boca arriba, porque el desenlace sólo puede ser uno y está ya a la vuelta de la esquina.

—¿Qué quiere decir? —se intranquilizó la señora Baxterding. Pero sin esperar respuesta —: Sólo puede ser uno el desenlace, estoy con usted. Así que lleguemos... le mataré. Su vida me estorba.

—Algo en mi interior me dijo en seguida —subrayó Alex Morrison—que aquella muchacha no era Geraldine... Aunque me hablaba como si lo fuera. Se refirió con todo detalle y exactitud al día que nos conocimos en la discoteca y al rato que pasamos en mi apartamento. Se refirió también al paseo que dimos por el bosque y al joven que encontramos, que se retorcía de dolor porque le habían envenenado... Se refirió a cuando yo fui a despedirme a su habitación y ella me retuvo... Se refirió a todo eso como si realmente fuera Geraldine...

Ahora bien, si no lo era, ¿cómo entender que supiera tantas cosas... ? Surgía esta pregunta, inevitablemente. Pero recuerdo que ayer noche le dio usted un sedante, para que durmiera bien. Aseguraría cualquier cosa a que, una vez que la tuvo dormida, le inyectó algo adecuado para hacerla hablar. El suero de la verdad, o algo parecido... Por eso Geraldine se levantó con dolor de cabeza, y aún sigue sin encontrarse bien...

—¿Qué más? —inquirió la señora Baxterding.

—Yo tardé en localizar el atajo y en llegar a la isla. Eso les permitió sacarle dicha información a Geraldine y trasladarla a Angela... Una Angela obediente, muy obediente... Sumisa, muy sumisa... Cualquier cosa antes que volver al sanatorio psíquico de San Lorenzo.

—¿Qué más? —inquirió de nuevo la señora Baxterding—. Si es que le queda algo por deducir...

—Por deducir no, pero sí por decir —aclaró.

—Hable —fue la voz de Robert Schaal, con la vista clavada en el espejo retrovisor.

—No sólo estuve en el sanatorio psíquico de San Lorenzo —dijo Alex Morrison—, sino que también me he enterado cómo están sus cuentas corrientes. Por eso sé que hace un año estaba usted al borde de la ruina, señora Baxterding. Ahora ya no. Claro que no. Desde que en Mellsbury ha empezado a reinar el terror, sus cuentas bancarias han ido hacia arriba.

—Maldito metomentodo —mascullló la dama.

—Tan metomentodo —repuso seguidamente—que me he enterado de que otro tanto le sucede a las cuentas corrientes de su secretario. Por lo visto el negocio da para todos.

—Si sabía todo eso antes de regresar —se debilitó la voz de la señora Baxterding—, ¿por qué ha accedido a venir con nosotros en busca del inspector Taylor? Sabía de antemano que no íbamos a llevarle...

—Quería darles opción a hacer exactamente lo que han hecho, cogerme y llevarme hasta su... guarida.

—Hemos llegado —dijo en aquel preciso instante Robert Schaal.

* * *

El coche acababa de detenerse ante una casa de campo que, aparentemente al menos, no tenía nada de particular. Era como cualquier otra.

Pero allí dentro estaban los hombres contratados por la señora Baxterding, de quienes se hacía obedecer, normalmente, por mediación de su secretario.

Cada vez que éste decía que iba a la ciudad a arreglar asuntos económicos, acababa en aquella casa de campo y daba las órdenes pertinentes. Ordenes que debían ser ejecutadas sin rechistar. La señora Baxterding no hubiera consentido otra cosa.

—Baje del coche... —la voz de la dama seguía algo debilitada. La pistola no dejaba de apuntarle.

—Ahora mismo —acató Alex Morrison, y así lo hizo mientras continuaba

mostrándose imperturbable.

Robert Schaal salió a su vez del coche.

—Me temo que nos haya tendido una encerrona —murmuró el secretario en voz baja.

—Lo mismo me estoy temiendo yo —dijo la señora Baxterding.

Habían salido ya varios hombres de la casa. Se alegraron de ver a la señora Baxterding. Cada vez que ella aparecía por allí, solía ser para pagarles.

—¡Llevadle adentro! —ordenó Robert Schaal a esos hombres, refiriéndose al joven prisionero.

Ya en el interior de la casa de campo, Alex Morrison pudo ver como allí estaban, no sólo los hombres que componían la banda, sino también Juliet y Gerry, los dos jóvenes últimamente secuestrados. Y también se hallaba Angela.

—Es una pena que te hayas unido a una gente tan mala —dijo a la muchacha—. Si te viera aquí tu hermana, sufriría mucho. Supongo que te han dicho que tienes una hermana... —y puntualizó—: Una hermana gemela...

—No, no lo sabía —contestó Angela, desconcertada.

—Por eso la señora Baxterding te hizo representar aquel papel. Para que yo creyera que tú eras ella... Tenías que engañarme, ¿comprendes?

—Me dijo que se trataba de una broma entre amigos —le comunicó Angela —. Yo no terminé de entenderlo bien, pero hice lo que me pedía.

—No vuelvas a hacer lo que te pida. Si lo haces, seguro que causarás daño a algún semejante... Tal vez a tu propia hermana...

—¡Que no hable con ella! —exclamó la señora Baxterding, dándose cuenta de la conversación que sostenían.

Varios hombres se acercaron a Alex Morrison y le apartaron de allí, llevándole hacia el otro extremo.

Extremo en el que estaban Juliet y Gerry maniatados. Había allí también, en un pequeño altillo, pistolas, fusiles, metralletas y varias cajas.

Estas cajas podían contener víveres. ¿Por qué no? Pero a juzgar por lo cuidadosamente colocadas y protegidas que estaban, Alex Morrison tuvo la sensación, más bien la certeza, de que allí había dinamita. Cartuchos de dinamita.

—Ha pretendido llegar hasta aquí —dijo la señora Baxterding instantes después—. Pues bien, ya está usted aquí.

—Tenía que consentir que me trajera hasta su cuartel general —contestó Alex Morrison—. Era el único modo de demostrar que usted es la jefa de esta banda. Conseguido ya mi objetivo —agregó—tengo el gusto de comunicarle que el inspector Taylor y sus hombres deben haber rodeado ya la casa... Venían siguiéndonos, ¿no se ha dado cuenta? Yo les he puesto sobre aviso...

Muy nervioso, muy excitado, Robert Schaal se precipitó hacia una de las ventanas. Miró a través de los cristales.

—¡Sí, nos están acorralando! —exclamó, perdiendo los nervios al ver que la policía se iba protegiendo tras los cercanos árboles—, ¡Estamos perdidos!

—No lo estaremos —replicó la señora Baxterding, esforzándose por mantenerse todo lo firme que exigía el caso—mientras tengamos a Juliet y a Gerry en nuestro poder. Son dos magníficos rehenes, a los que no querrán que matemos... Y también tenemos al detective...

—¡Entréguense! —se oyó en aquel momento la voz de trueno del inspector Taylor—. ¡Están rodeados! ¡No tienen escape!

—Diles que podemos llegar a un acuerdo... —repuso la señora Baxterding dirigiéndose a Robert Schaal—, A cambio de la vida de Juliet y Gerry, la nuestra... Si nos garantizan eso... Pero antes —se volvió con gesto violento hacia Alex Morrison—usted debe morir... Es el causante de esta situación...

Alex Morrison confiaba en poder salir de allí. Se habían olvidado de cachearle, así que seguía llevando la pistola. Pero debía apoderarse de ella en un gesto rápido, rapidísimo, de lo contrario no llegaría a tiempo.

—¡Acabad con él! —exclamó la señora Baxterding dirigiéndose a sus hombres—, ¿Disparadle hasta que quede convertido en un colador!

Pero antes de que sus hombres obedecieran, Angela, de súbito, cogió una de las metralletas que había allí cerca.

—¡Quietos o disparo! —gritó—. ¡Y usted, señora Baxterding, también quieta...! Tire la pistola...

Asustada por la expresión de demencia que veía en los ojos de Angela, la dama obedeció. No se atrevió a desobedecerla.

—¡Quietos todos! —gritó de nuevo Angela. Y cuando vio que los había inmovilizado, le preguntó a Alex Morrison—: ¿Dónde vive mí hermana...? ¿Es feliz...? ¿Está enamorada...?

—Está enamorada de mí —dijo el detective. Y añadió—: Actualmente vive en Mellsbury. Será feliz cuando sepa que tú me has ayudado...

—Sí, sí, voy a ayudarte —aseguró Angela—, Y a ellos también... —indicó a Juliet y a Gerry. Y sin más agregó—: ¡Salgan de aquí! ¡Pónganse a salvo! ¡Yo les cubro la retirada...!

Robert Schaal sabía que si Juliet y Gerry se ponían a salvo, la señora Baxterding y él ya no tendrían salvación. Así que dio un paso adelante, como queriendo impedir, del modo que fuera, que salieran de allí.

—¡O se detiene o disparo! —le avisó Angela —. No lo volveré a repetir. Usted mismo.

—Yo te saqué del sanatorio psiquiátrico de San Lorenzo —le recordó la señora Baxterding—. ¿Lo has olvidado ya?

—Debía haberme dicho que tenía una hermana... —salió quejumbroso el tono de Angela.

—No tienes ninguna hermana —mintió la señora Baxterding.

—Sí, sí la tengo —dijo Angela—, Yo siempre he tenido en el pensamiento a una niña pequeña, idéntica a mí... Yo creí que ése trataba, simplemente, de que de niña me había mirado muchas veces al espejo... No, no era eso... Ahora lo comprendo... Era que recuerdo a mi hermana... A pesar de lo pequeñas que éramos entonces... A pesar de los años transcurridos... A pesar de que siempre

han sido los doctores que han dicho no estoy bien de la cabeza...

Alex Morrison no había perdido el tiempo. Había desatado a Juliet y a Gerry. Ya estaban cerca de la puerta de salida.

—¡Salgan en seguida! —exclamó Angela—, ¡Salgan...!

Así lo hicieron.

Pronto, pues, quedaron a salvo.

—¿Quién queda allí? —preguntó el inspector Taylor a Alex Morrison.

—La hermana de Geraldine... —contestó el joven.

El inspector estaba allí con sus hombres, debidamente parapetados por si acaso. También estaba Michael. Este, de momento, había sentido la sensación de que debía seguir a su abuela. Una sensación imprecisa, pero imperiosa.

Una vez allí, el inspector le había puesto al corriente de todo. Michael se había quedado espantado.

—¡Están rodeados! —volvió a exclamar la voz de trueno del inspector Taylor—. ¡No tienen escape! ¡Les concedo dos minutos para entregarse...!

La respuesta fue de lo más inesperado.

La casa de campo explotó por sus cuatro costados, saltó materialmente disparada por los aires.

Hasta unos instantes antes, Angela había seguido con una expresión de pura demencia en sus ojos. Aun así, ella se sentía en aquel momento de su vida más cuerda que nunca. Como fuera, había pensado que no valía la pena seguir adelante. Y eso no sólo iba con ella, sino también con los demás. No se lo pensó dos veces. Disparó su metralleta sobre la dinamita.

Michael agrandó los ojos con infinito horror cuando vio que algo redondo volaba por los aires. Algo que de un modo siniestro, macabro, fue a caer a su lado.

Michael, instintivamente, alargó los brazos y ese algo redondo quedó en sus manos.

Era la cabeza de su abuela.

CAPITULO X

—¿Cómo se te ocurrió sospechar de la señora Baxterding? —le preguntó Geraldine.

—La historia que tú me contaste —dijo Alex Morrison—no podía ser absolutamente auténtica. Alguien había tenido, forzosamente, que aderezarla en tu honor. ¡Resultaba todo tan rebuscado, tan ¡lógico, tan sofisticado! Y ante todo, claro. aquel rótulo en el que ponía: «BIENVENIDOS AL INFIERNO.» Aquel rótulo tenía ganas de asustar, de impresionar. Comprendí acto seguido —continuó diciendo—que a alguien le estorbaba Herbert... Después les estorbé yo... Todo eso, en un conjunto, llevaban las sospechas hacia Michael... Pero Michael era incapaz de nada, ni bueno ni malo, carecía de carácter... La imagen de la abuela, obsesionada con la idea de que todos los caprichos de su nieto se vieran realizados, saltaba a primer plano... Y partiendo ya de ahí...

—Angela te ayudó mucho... —los ojos de Geraldine se humedecieron—, ¿verdad que sí?

—Sí, mucho. Pero no debió tomar aquella decisión. Finalmente la hubiéramos salvado.

—Quizá pensó —dijo la muchacha—que no valía la pena que lo hiciéramos.

—Es posible.

—Pero ella quería que fueras feliz —repuso Alex Morrison—. La cabeza le fallaba, pero no así el corazón en aquellos últimos instantes.

—Pobre Angela...

—Y yo también quiero que seas feliz —sonrió Alex Morrison—y para eso no se me ocurre nada mejor que ofrecerte el matrimonio.

No esperó respuesta.

Se acercó a la muchacha y la besó.

F I N